

MARTE, ESPERANOS

LOUIS G. MILK


¡Marte, espéranos!

LOUIS G. MILK

¡ Marte, espéranos!

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151
Barcelona
Buenos Aires

Portada: S. FABA

Depósito Legal: B. 971 - 1971

Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 -
BARCELONA

CAPÍTULO PRIMERO

En medio de todo y por encima de la pena que le causaba la partida, Sergio Laytán se sentía un hombre importante.

Desde la escotilla de la nave de enlace, Sergio se volvió para mirar una vez más a los hombres que se quedaban en Marte. La primera expedición colonizadora terrestre se quedaba en el cuarto planeta para abrir brecha a la que seguiría un año más tarde.

Sergio tripularía la astronave que le llevaría de regreso a la Tierra y en la que viajaban valiosas muestras minerales y vegetales, para ser analizadas y examinadas minuciosamente por los científicos. También transportaba gran cantidad de notas, pero, sobre todo, filmes y fotografías tomadas por los expedicionarios durante aquellos tres meses imborrables para Sergio.

La primera ciudad marciana había sido ya construida. Cúpulas de plástico, donde había presión atmosférica normal, en contraste con la debilísima del exterior, habitáculos convenientemente adecuados, almacenes de provisiones y, sobre todo, los generadores de agua y aire, elementos ambos indispensables para la supervivencia y que se obtendrían de la descomposición de los propios elementos químicos básicos del terreno: oxígeno, hidrógeno y nitrógeno.

Se habían llevado semillas y se cultivaban plantas que, además de producir también oxígeno, darían valiosos alimentos ricos en vitamina C antiescorbútica. Nada se había dejado al albur; todo estaba perfectamente planeado para que los expedicionarios pudieran vivir sin agobios ni demasiadas incomodidades durante el año que transcurriría hasta la llegada de la siguiente expedición.

Sergio agitó una mano y le correspondieron análogamente desde el suelo. Después, dio media vuelta y cerró la compuerta.

Trepó por la escalerilla de caracol que conducía a la cúspide de la nave donde estaba instalada la cabina de mando. Arriba, a distancia prudencial, orbitaba la astronave principal a la cual acoplaría la de enlace para llevar todo el conjunto a la Tierra.

Los chorros levantaron una enorme polvareda que ocultó su

visión durante algunos momentos. Luego se sintió levantado en vilo y el suelo marciano pareció alejarse con gran lentitud, aunque, a los pocos segundos, había alcanzado ya una fulgurante velocidad.

Las computadoras harían la mayor parte del trabajo. El papel de Sergio era más bien rutinario, pero alguien tenía que vigilar a las máquinas durante tres meses.

El acoplamiento con la nave principal se efectuó sin inconvenientes. Una calculadora especial, que no funcionaría más que en aquellos momentos, puso en funcionamiento los mecanismos correspondientes y el colosal conjunto se despegó de la órbita marciana para tomar la que le llevaría a la Tierra.

Una vez en franquía, Sergio se dispuso a trazarse un plan de vida. Había películas, discos y libros. La comida no escaseaba en modo alguno y hasta disponía de aparatos gimnásticos, con el fin de evitar el enmohecimiento de sus músculos.

Lo peor de todo serían tres meses de soledad, pero los «tests» habían probado que, de todos los miembros de la expedición, Sergio era el que mejor soportaba los confinamientos en solitario. Por ello había sido elegido para el viaje de vuelta.

Se imaginó la recepción. Bandas de música, autoridades, chicas guapas, entrevistas... Y luego unas merecidas vacaciones en... bueno, había tantos sitios adonde ir con un poco de dinero. Sus sueldos, intactos, le permitirían desquitarse a gusto.

Los días fueron transcurriendo apaciblemente, con una rutina harto monótona, pero tranquilizadora. Al llegar a la mitad del camino, Sergio pudo conectar las primeras emisiones de radio y televisión de las cadenas comerciales.

Hasta entonces, su contacto con la Tierra había sido por medio de la radio oficial. Recibir noticias y programas radiotelevisados añadió un nuevo aliciente al viaje.

Cuando faltaban cuatro semanas para la llegada, Sergio captó casualmente una emisión que no tenía nada de comercial.

— Aquí, WBRZ-40 llamando a TYUN-77. Hábleme de la Nube. Informe de sus progresos. Es urgente.

— Aquí, TYUN-77 contestando a WBRZ-40. La Nube se acerca a pasos agigantados. Se calcula que su velocidad es de quince a veinte kilómetros por hora. He intentado establecer contacto con FGRT-12,

que está en el interior del área oculta por la Nube, pero no he obtenido respuesta. Eso es todo por ahora.

Sergio se quedó muy preocupado, porque las dos emisoras callaron. ¿Qué era la Nube?, se preguntó.

Veinticuatro horas más tarde, captó otra emisión todavía más alarmante.

— Aquí, TYUN-77 llamando a todas las emisoras. Tenemos la Nube a la vista. Vamos a suspender la emisión. La gente huye aterrorizada. Eso es todo.

Sergio empezó a sentirse intrigado y hasta deprimido. ¿De qué huía la gente?

Para salir de dudas, conectó su radio con la de la Estación Central de Astronáutica de las Naciones Unidas.

— Atención, atención, habla Sergio Laytán, de la «Martescope». Por favor, he captado unas emisiones muy extrañas, que hablan de una Nube de al parecer, efectos catastróficos. ¿Pueden informarme qué es lo que sucede?

La respuesta le llegó minutos después.

— Laytán, si quiere un consejo sensato, dé media vuelta y regrese a Marte. Aquí, en la Tierra, estamos a punto de perecer todos. Adiós y…

Se oyeron unos crujidos. Luego vino el silencio.

A Sergio le pareció que se le helaba la sangre en las venas.

* * *

Una extraña calma reinaba en la aldea africana donde la doctora Julia Cranmore tenía instalado su consultorio médico.

Hasta las aves del cercano bosque habían enmudecido. Julia salió a la veranda de su bungalow y contempló el paisaje con expresión sumamente pensativa.

Las noticias que llegaban de todos los puntos del globo eran aterradoras. Los seres humanos sucumbían por decenas de millones, de una forma casi instantánea, sin la menor posibilidad de defensa.

Julia se inclinó ligeramente y apoyó ambas manos en la barandilla de marquesina. La Nube se veía a lo lejos, avanzando sin cesar, oscureciendo el horizonte con sus tétricos colores gris y violeta, que encerraban la muerte en su seno.

Los nativos habían abandonado la aldea la víspera, para dirigirse hacia el norte, en una desatentada búsqueda de la supervivencia. Julia sabía perfectamente que todo era inútil.

Se preguntó cómo los astrónomos no habían sabido prever aquel fenómeno que iba a exterminar la vida humana en la Tierra. Nadie había podido darse cuenta de la Nube basta que ya fue demasiado tarde.

Había oído por radio toda clase de hipótesis, algunas de las cuales le habían parecido francamente desatentadas. De todas formas, se dijo, las hipótesis no resolvían nada ni salvaban ninguna vida.

Ella había decidido permanecer en la aldea. ¿Para qué escapar a una muerte segura?

Por lo que había oído decir, el gas causaba la muerte sin dolor, dulcemente, sin el menor sufrimiento. ¿Para qué buscar, pues, la muerte, en algún tumulto, aplastada, pisoteada o atropellada por el gentío enloquecido?

La Nube estaba cada vez más cerca. Julia pensó en buscarse un refugio estanco, pero ¿dónde conseguirlo en una aldea donde todos los edificios eran de bambúes y bálago?

Inspiró profundamente. Era doloroso morir a los veintiséis años, llena de vitalidad y rebosante de salud, pero había llegado su hora.

Como la de toda la Humanidad. El Ángel Exterminador había desenvainado su flamígera espada y el fin del mundo se estaba consumando.

Las primeras hilachas de gas serpentearon entre las cabañas. Julia se separó de la barandilla y atrajo hacia sí una hamaca.

Se tendió. Desde allí podía ver también un pedacito de la playa, situada a unos trescientos metros. Volvió la cabeza y contempló el avance de la Nube.

Una ráfaga de gas pasó por debajo de la veranda. Julia aspiró el aire serenamente. «¿Huele a violetas?», pensó.

El olor se acentuó. Julia se sintió extrañamente ingrávida, sin peso, como si su alma y su cuerpo se disociaran en estado de plena consciencia. Pero sabía que estaba perdiendo el conocimiento.

«Tenían razón; es una muerte muy dulce», se dijo.

Respiró sosegadamente, mientras sentía una agradable laxitud que la envolvía de los pies a la cabeza. Dobló la cabeza a un lado y

le pareció que se dormía con la apacibilidad de sus años infantiles. El silencio se hizo total a su alrededor.

* * *

Sergio llamó a las bases terrestres de la Luna.

Sus llamadas no obtuvieron ninguna respuesta. En la Tierra reinaba asimismo un silencio aterrador.

Le habían aconsejado que regresara a Marte, pero ¿cómo hacerlo, si apenas le quedaba el combustible suficiente para el aterrizaje?

Sergio se sentía terriblemente extrañado de que las bases del satélite permanecieran silenciosas. Indudablemente, en la Luna habían muerto todos también.

Se iba a encontrar con un inmenso cementerio cuando pusiera el pie en el planeta. ¿No moriría él también?

Por los telescopios de la nave, había visto la atmósfera de la Tierra completamente limpia. La Nube había pasado ya, perdiéndose en la profundidad de los espacios siderales. Confiaba en sobrevivir, pero ¿qué haría él solo en el planeta, único habitante de un mundo poblado hasta dos semanas antes por más de seis mil millones de personas?

De pronto, sintió un tremendo estruendo. La nave se estremeció con fuerza.

Desprevenido, Sergio se tambaleó y rodó por el suelo de la cabina de pilotaje.

CAPÍTULO II

Julia Cranmore abrió los ojos y estiró los brazos voluptuosamente, como si hubiese dormido de un tirón. Bostezó un par de veces y luego se sentó de golpe en la hamaca.

Miró pasmada a su alrededor. Continuaba el silencio, pero la atmósfera se veía clara y limpia, sin una sola nube en el cielo o en las inmediaciones.

Julia se levantó de un salto. ¿Qué pasaba? ¿Por qué estaba viva?

Pero ¿no se había dicho y repetido hasta la saciedad que los gases contenidos en el seno de la Nube eran absolutamente letales?

Resultaba incomprensible. ¿No estaría soñando?, se preguntó.

Permaneció unos momentos inmóvil. Al cabo de un rato adquirió la absoluta convicción de que, por un prodigio inexplicable, estaba viva.

Descendió al suelo y caminó casi con torpeza, pero era debido más bien al asombro que sentía por hallarse con vida. No acababa de creérselo y, sin embargo, era cierto.

Sentíase un tanto extraña. La sangre circulaba por sus venas con redoblado ardor y hasta le parecía haber sufrido una especie de cura de rejuvenecimiento.

«A mis veintiséis años», rió, gratamente sorprendida de seguir viva.

Pero la risa murió bruscamente en sus labios.

Si los informes aseguraban que la Nube era mortífera para todos los seres vivientes, ¿qué haría ella sola en el planeta?

De pronto, oyó un rugido en las alturas.

Levantó la vista. Algo llameante bajaba del cielo.

El ruido se hizo insoportable y el fuego que se desprendía de aquel objeto que caía de lo alto dañaba cruelmente la visión. Julia cerró los ojos y se tapó los oídos.

El rugido se convirtió en un chillido agudísimo. Luego perdió volumen y se atenuó con rapidez. Julia miró en la dirección del ruido y vio llamas que subían del suelo.

Luego observó nubes de vapor que ocultaban las llamas. Todo

esto ocurría a cosa de un kilómetro de distancia.

Ideas disparatadas brotaron en su mente. ¿Era la nave de algunos extraños invasores del planeta?

De pronto, recordó que en la misión tenía armas para defenderse contra las fieras. Echó a correr hacia el dispensario y salió a poco provista de un rifle ligero semiautomático.

Las nubes de vapor continuaban elevándose del suelo. Julia comprendió que los tripulantes habían lanzado agua para apagar el incendio que sus chorros de escape habían provocado. Pero cuando el fuego se hubiese extinguido, los tripulantes desembarcarían.

Julia confió en que no se mostrasen hostiles.

Esperó.

* * *

Pasó bastante rato antes de que la atmósfera se despejase en torno a la astronave.

Sergio había visto desde las alturas una serie de construcciones, que indicaban la existencia de vida humana. Por lo menos, había existido.

Desembarcó cuando el suelo se hubo enfriado. Los detectores de a bordo indicaban una atmósfera completamente normal, sin el menor indicio de gases nocivos.

Caminó hacia la aldea. La distancia era de un par de kilómetros, aproximadamente. Había algunos senderos y eligió el más conveniente.

Veinte minutos después entró en el claro donde estaba situada la aldea. Entonces vio a una mujer.

Y Julia también le vio a él.

Los dos se miraron en silencio durante unos segundos. Julia divisó a un hombre joven, moreno, de buena presencia, vestido con ropas apropiadas para el espacio, aunque sin escafandra.

Sergio vio una joven alta, esbelta, de pelo castaño claro y ojos grises, vestida con camisa de manga corta y shorts. También advirtió el rifle que ella tenía en las manos con gesto resuelto.

— Hola — dijo Sergio.

— Hola — contestó Julia—. ¿Quién es usted?

— Sergio Laytán, único tripulante de la astronave «Martescope», señorita.

Julia exhaló un suspiro y una risa nerviosa.

— ¡ Menos mal! — dijo —. Había llegado a creer que su nave era de

algunos invasores extraterrestres. Soy la doctora Julia Cranmore.

— Es un placer, doctora — manifestó Sergio —. ¿Está usted sola?

— En la aldea, sí. En el resto del planeta... no sé. Imagino que también, aunque no acabo de comprender cómo he conseguido sobrevivir a la Nube.

Sergio avanzó unos pasos y aceptó la mano que le tendía Julia.

— En la Luna han debido de morir todos también — dijo—. ¿Se escondió usted en alguna parte, doctora?

— No. Simplemente, no quise escapar de aquí, para no perecer en algún tumulto. Preferí quedarme a morir en la aldea, sin padecimientos inútiles, pero, extrañamente, he conseguido sobrevivir.

— Es curioso. De modo que no hizo nada por salvarse.

— En absoluto. Me tendí en aquella hamaca y me he despertado poco antes de su llegada, capitán Laytán.

Sergio se echó a reír.

— No tengo ningún título, doctora, salvo el conseguido en la Universidad de Lima —puntualizó—. Yo era el encargado de traer la «Martescope» a la Tierra.

— Lo recuerdo muy bien — declaró Julia—. Había seguido paso a paso los incidentes de su fascinante viaje. Pero, si no recuerdo mal, creo que debía de aterrizar en la Estación Central. ¿Cómo ha venido a parar a la costa occidental de África?

— La nave sufrió el impacto de un meteorito de gran tamaño y la

computadora de aterrizaje falseó los datos, llevándome a casi ocho mil kilómetros de mi punto de destino. Ahora, sin embargo, me felicito del choque.

Julia hizo una inclinación de cabeza.

— Me alegro de que haya llegado sano y salvo, señor Laytán — dijo —. Imagino que querrá comer algo — sugirió.

— Me bastaría con una taza de café, si ello es posible, doctora.

— Lo es — sonrió la joven —. Venga conmigo, Sergio. — Se volvió para mirarle por encima del hombro, cuando ya caminaban hacia su bungalow—. Estimo que los tratamientos deben ser dejados a un lado, ¿no le parece?

— Por mi parte, no hay inconveniente — aceptó Sergio—. Sería ridículo que gastásemos ceremonias siendo los dos únicos habitantes del planeta.

Julia se paró de súbito.

— Los dos únicos habitantes del planeta — repitió, a la vez que volvía los ojos hacia el recién llegado.

— En efecto, así es, Julia — confirmó él.

* * *

— No se sabe de dónde salió la Nube — dijo Julia—El caso es que llegó de pronto y en dos semanas extinguió completamente la vida del planeta.

— ¿Acaso los científicos no fueron capaces de predecirlo?

Julia lanzó una risita nerviosa. Estaba en pie, apoyada ligeramente en una consola, con la taza y el platillo del café en las

manos.

— La Nube era prácticamente invisible e indetectable —contestó—. Sólo se hizo visible al contacto con la atmósfera del planeta y nadie conoció sus efectos hasta que empezaron a producirse las primeras muertes.

— Es extraño, en efecto — murmuró Sergio pensativamente—. Pero usted se ha salvado.

— Sí, perdí el conocimiento hace unas horas...

Julia se interrumpió de pronto, para lanzar una exclamación de sorpresa.

— ¿Qué le pasa, Julia? — preguntó Sergio.

Ella tenía una singular expresión de extrañeza pintada en su rostro. Sergio se dio cuenta de que los ojos de Julia estaban fijos en un calendario colgado en la pared.

— Es increíble — murmuró ella —. He dormido tres días seguidos.

— ¡ Caramba! — respingó Sergio.

— Sí — confirmó Julia—. Recuerdo la fecha estupendamente. Era el día doce de mayo y hoy estamos a quince.

— ¿Y no se siente débil? Tres días seguidos sin tomar alimento...

— No, en absoluto, me encuentro perfectamente. Incluso, al despertarme, me sentía llena de euforia, y de vigor, con la sangre circulando por mis venas con una fuerza desconocida hasta entonces. No lo comprendo, Sergio.

— ¿Tiene apetito ahora?

— Lo corriente — contestó Julia.

— Tal vez son los efectos de la nube en los supervivientes.

— Es posible, pero, ¿hay más

supervivientes, Sergio?

El silencio se hizo de pronto en la estancia.

Ambos volvían de nuevo a lo que parecía ser una poco agradable realidad.

Los dos pensaban también en lo mismo. Estaban solos... ¿acaso destinados por una invisible mano del destino a ser el origen del renacimiento de la raza humana?

— Julia — dijo él al cabo de unos momentos—, usted ha sobrevivido y, aunque no tengamos por el momento indicios algunos de los motivos que la han permitido seguir viviendo en un mundo donde todos han muerto, al menos, en apariencia, tampoco hay motivos para no suponer que otros hayan conseguido sobrevivir igualmente, bien por causas naturales, como usted, o bien refugiándose en algún lugar que les haya permitido eludir los efectos de la Nube.

— Lo mismo opino yo, Sergio — contestó la joven.

— En ese caso, deberíamos intentar buscarlos, ¿no le parece?

— Sí, pero ¿por dónde empezamos?

— Estamos en la costa occidental de África y tenemos que trasladarnos al desierto del sudoeste de los Estados Unidos, donde se halla la Estación Central de Astronáutica de las Naciones Unidas.

— ¿Por qué allí, Sergio? ¿Por qué no buscar supervivientes en Europa, en África o en la misma Sudamérica?

— Le diré una cosa, Julia; podemos buscar esos hipotéticos supervivientes mientras nos trasladamos a la Estación Central.

Pero una vez allí tendremos que hacer otra cosa.

— ¿Qué es, Sergio?

Los ojos del joven se oscurecieron.

— Julia, hay en Marte una veintena de científicos que perecerán dentro de un año si no acudimos a socorrerlos — declaró dramáticamente.

— ¡Oh! — exclamó ella, consternada —. Es cierto, lo había olvidado.

— Quizá puedan sobrevivir otro año más; hay cerebros muy brillantes entre ellos y arbitrarán medios para prolongar su existencia en Marte. Pero, a la larga, sin socorros, sucumbirán.

— Sí, desde luego, pero, Sergio, Marte no está precisamente a la vuelta de la esquina — alegó Julia.

— En efecto. Sin embargo, hemos de tener en cuenta que en la Estación Central hay una nave a punto de terminar su alistamiento para el segundo viaje a Marte. Nosotros podemos concluir ese alistamiento y zarpar en socorro de los expedicionarios que se encuentran en estos momentos a más de cien millones de kilómetros de distancia.

CAPÍTULO III

— ¿De qué medios de transporte disponemos? — preguntó Julia.

— ¿Cuál es la capital más cercana?

— Dakar, Sergio.

— Allí hay un aeropuerto. Habrá aviones. Utilizaremos uno de ellos para cruzar el Atlántico.

— ¿Y para llegar a Dakar?

— Una embarcación. Resultaría lo más cómodo, ¿no le parece?

Julia asintió.

— Tengo una lancha motora y unas cuantas latas de combustible. Encontraremos más combustible en los puertos del camino. Provisiones, por fortuna, no nos han de faltar. En menos de un mes, creo, habremos cruzado el Atlántico.

— Es cierto — convino Sergio —. Podemos subir costeando hasta Canarias y Cabo Verde, en donde haremos las últimas paradas para repostar y dar el salto definitivo al otro lado.

— El problema estriba en el traslado hasta la Estación Central de Astronáutica, Sergio.

— Oh, tampoco es ningún problema. Nos sobrarán vehículos: automóviles y hasta trenes, sin contar los aviones, claro.

— ¿Sabes tú pilotar aviones?

Sergio sonrió.

—He traído una astronave desde Marte hasta la Tierra, pero no tengo la menor idea de lo que se hace para levantar un avión del suelo.

Julia se echó a reír.

Por fortuna yo tengo el título de piloto — manifestó—. Pero la avioneta de la misión fue llevada a revisión y temo que mi ayudante, que es el que la pilotaba, no ha de volver nunca —añadió, pasando súbitamente de la risa a la tristeza.

Sergio oprimió cariñosamente el brazo de la joven.

—No te preocupes — dijo—. De todas formas, no hubiéramos podido utilizarla; un aparato de ese género es demasiado sencillo para cruzar el Atlántico. Lo haremos mucho mejor en una embarcación... y tendremos de sobra para elegir en los puertos que vayamos encontrando en el camino.

—Eso sí es verdad — suspiró Julia —. Bien, ¿empezamos, Sergio?

—Cuando tú digas.

—Lo mejor será que carguemos el jeep con provisiones; esto nos evitará muchos viajes hasta el embarcadero.

—Una buena sugerencia, Julia. Mientras tú las preparas, yo alistaré el coche. ¿Dónde lo tienes?

—Allí, en aquel cobertizo — indicó la joven doctora.

Sergio caminó hacia el lugar indicado. Abrió la puerta de cañas y divisó el vehículo, flamante y nuevecito, aunque con un poco de polvo en la carrocería.

Sergio se sentó tras el volante, abrió el «starter», calculando que el motor llevaba varios días sin funcionar, y dio el contacto.

Se oyó un ruido típico: el del motor de arranque en acción, pero el del coche se negó a funcionar.

Sergio arrugó el entrecejo. Insistió un par de veces más.

— Es extraño — murmuró, consultando visualmente los instrumentos del tablero —. Hay gasolina en el depósito, el amperímetro señala una carga normal en la batería...

Probó dos o tres veces más. El motor se negaba a arrancar.

Saltó al suelo y levantó la tapa. Julia llegó en aquel momento con una caja en los brazos.

— ¿Qué pasa, Sergio? — preguntó.

— Eso es lo que me gustaría saber — respondió el joven—. El motor no arranca.

— ¡ Qué raro! — se sorprendió ella —. Hace cuatro días usé yo el coche y funcionaba perfectamente. Arrancó a la primera, sin el menor inconveniente.

— Pues ahora se ha declarado en huelga — refunfuñó él.

Examinó el distribuidor y comprobó todas las conexiones de los cables. Las bujías se hallaban asimismo en perfecto estado y el aceite del cárter alcanzaba un nivel normal.

— No lo entiendo, no lo entiendo — dijo Sergio, después de un buen rato de examinar todo cuanto podía influir en el funcionamiento del motor—. Tendría que arrancar... ¡pero no arranca!

— Esa calle hace una ligera pendiente — indicó Julia—. Podemos empujar el coche y luego probar con una marcha engranada, cuando haya adquirido cierta velocidad.

— Creo que es la única solución que nos queda — concordó Sergio.

Puso la palanca de cambios en punto muerto y, ayudado por la joven, sacó el coche del cobertizo, encaminándolo luego hacia el principio de la calle en cuesta. Luego, cuando el automóvil empezó a deslizarse, dio un salto y se situó tras el volante.

La prueba resultó igualmente infructuosa. Sergio detuvo el coche

y aplicó el freno de mano.

Julia le miraba inquisitivamente.

— No se me ocurre nada más — dijo él—. Tendremos que llevar las provisiones a brazo.

— Hay una carretilla en el botiquín. Algo nos aliviará — sugirió la joven.

— Buena idea — aprobó Sergio—. Pero, aguarda, se me ocurre una cosa. He visto en el cobertizo latas de combustible de repuesto.

— Sí, es cierto.

— Tal vez el indicador de carga del coche esté estropeado y facilita unas indicaciones falsas.

— Pudiera ser — admitió Julia —. En tal caso, el tanque estaría vacío.

Sergio se echó a reír.

— Debimos haber empezado por ahí — exclamó, mientras echaba a andar hacia el cobertizo.

Regresó momentos después, con una lata en la mano. Desenroscó el tapón y, apenas lo había hecho, se expandió por la atmósfera un olor, hediondo y apestoso, que no se parecía en nada al olor clásico de la gasolina.

Julia dio un paso hacia atrás.

— ¡Sergio! ¿Qué es eso? — exclamó.

El joven, desconcertado, señaló el rótulo pintado en uno de los costados de la lata.

— Aquí lo pone — contestó—. Bien claro, Julia: GASOLINA.

— Pero ese olor... Parece olor de muerte, de corrupción...

Sergio torció el gesto. De súbito, se le ocurrió una idea y quitó el tapón del depósito de combustible del coche.

Ocurrió exactamente lo mismo: el olor fétido y nauseabundo invadió la atmósfera.

Sergio y Julia intercambiaron una silenciosa mirada. Ambos se sentían completamente desconcertados.

— No lo entiendo — murmuró él.

Julia se estremeció de pronto.

— Sergio, se me está ocurriendo algo horrible — dijo.

— Habla — pidió el joven.

— La gasolina está corrompida...

— Eso salta a la vista, mejor dicho, a la pituitaria— dijo él con amargo sarcasmo.

— Pero no tendría que ser así —alegó Julia con vehemencia—. La trajimos no hace siquiera dos semanas y... y la gasolina se puede evaporar, pero ese proceso de evaporación, en el peor de los casos, es siempre más rápido que el de corrupción.

— Desde luego.

— Pero ahora está corrompida y se ha transformado en un líquido incombustible, lo cual, en mi opinión, se debe a la Nube.

* * *

Después de las sensacionalistas palabras de Julia, sobrevino un denso silencio.

Sergio lo rompió momentos después con una pregunta :

— ¿Tienes una cerilla, Julia?

Ella le entregó una caja de fósforos. Sergio se apartó unos metros, vertió en el suelo parte del contenido de la lata y arrojó sobre el líquido un fósforo encendido.

La llama se apagó en el acto. Dos tentativas más dieron análogo resultado.

Por precaución, Sergio comprobó el contenido de las restantes latas.

La gasolina estaba corrompida en todas ellas, transformada en un líquido hediondo, de color amarillento y cierta consistencia grasosa, cuya sola visión repelía.

Después de la última prueba, Sergio dejó caer los brazos a lo largo de los costados, con gesto de claro desánimo.

—No me hace mucha gracia, pero temo que habremos de atravesar el Atlántico a remo — dijo.

— Hay otra solución, Sergio: la vela.

La cara del joven se animó.

— ¿Tiene vela tu embarcación? — preguntó.

— No, pero podemos montar un mástil, aunque ninguno de los dos, creo, sabemos navegar por ese método.

Sergio sonrió.

— No es que yo sea un gran patrón de barcos de vela, pero hubo un tiempo en que me dio por el balandrismo y entiendo algo — replicó.

— Es una buena noticia — sonrió ella.

Súbitamente oyeron unos chillidos por encima de sus cabezas.

Ambos levantaron la vista al mismo tiempo.

— ¡Mira, pájaros!—exclamó Julia.

Sergio estaba atónito.

— Pero, ¿no se había extinguido sobre la superficie del planeta todo signo de vida animal? — exclamó.

— Eso es lo que yo creía hasta aquel momento — dijo ella, no menos extrañada que el joven.

A Sergio le preocupó la actitud de aquella aves, que describían círculos sobre sus cabezas. Dos o tres pájaros descendieron un poco más y entonces pudieron identificarlos.

— Buitres — gruñó él.

Julia suspiró.

— La carroña abunda, por desgracia — dijo.

De pronto, uno de los buitres revoloteó hasta posarse en el suelo a pocos pasos de la pareja. El pajarraco los miró con ojos hostiles, a la vez que hacía tabletear su pico de manera poco tranquilizadora.

— El rifle, pronto — pidió Sergio.

— Está en la casa — contestó Julia angustiadamente.

— No comprendo cómo han sobrevivido esos pajarracos, pero una cosa es segura — dijo él —. A

partir de ahora, no daré un sólo paso sin un arma en las manos. De la misma forma que han sobrevivido unos cuantos buitres, han podido sobrevivir también algunos leones o panteras o...

Súbitamente, lanzando un chillido pavoroso, el buitre se arrojó sobre ellos.

Sergio se adelantó para interponerse en su camino, pero un tremendo aletazo del vultúrido lo derribó por tierra. El pájaro emitió un horrible chillido de triunfo y puso sus garras sobre el cuerpo de Sergio, disponiéndose a devorarlo vivo.

Julia lanzó un grito de susto. No obstante, reaccionó en el acto y agarró al buitre por las plumas de la cola, con ambas manos.

Tiró hacia atrás, con todas sus fuerzas. Inexplicablemente, el buitre resultó fácil presa para ella. Casi sin saber lo que hacía, lo volteó sobre su cabeza y lo estrelló contra el tronco de un árbol cercano.

Se oyó un estremecedor chasquido de huesos. El buitre quedó muerto en el acto.

CAPÍTULO IV

Sergio presenció la escena todavía en el suelo, pero apoyado sobre un codo, olvidado por el momento del dolor de los arañazos sufridos. Le pareció que Julia poseía unas fuerzas descomunales.

La joven corrió hacia él.

— Vamos, pronto, a la casa, antes de que nos ataquen los demás — exclamó.

Sergio se puso en pie de un salto. Los buitres, graznando aterradoramente, planeaban sobre ellos, ofreciendo un aspecto pavoroso.

La pareja alcanzó la casa. Sergio alargó la mano, tomó el rifle y se volvió, justamente en el momento en que uno de los vultúridos caía sobre él.

Apretó el gatillo. El buitre se desplomó aleteando frenéticamente a pocos pasos de distancia.

A su lado, Julia hacía fuego con un revólver. Dos buitres más cayeron rodando por tierra, y los restantes, espantados por el fragor de las detonaciones, alzaron el vuelo y desaparecieron en seguida de la vista de los dos jóvenes.

Uno de los pajarracos aleteaba todavía y Sergio lo remató de un tiro entre los fieros ojos. Luego se volvió hacia la joven.

— ¿Qué ha pasado aquí, Julia? —preguntó—. ¿Por qué nos atacaron? Lo que les sobra es... alimento.

— ¿Estás seguro, Sergio?

— Bueno, por desgracia, se han producido miles de millones de muertes sólo de personas, sin contar las de animales...

— Esos buitres han sobrevivido, como lo he hecho yo — dijo Julia —. Pero nos atacaron porque tenían hambre.

— Lógicamente, así debiera ser.

— Y ha sido así, porque, ¿sabemos acaso si... si las carroñas que tanto abundan no son comestibles para ellos?

Julia hablaba con visible repugnancia, pero expresaba claramente la situación.

— Es posible — admitió él —. Debemos recordar que la gasolina se ha corrompido... ¡Las latas de conserva! — gritó, espantado.

— ¡Cielos, es verdad, lo había olvidado! — dijo Julia.

Corrieron a la despensa, repleta de provisiones. Cada uno de ellos abrió varias latas, cuyo contenido se hallaba en perfectas condiciones de conservación.

— Menos mal — respiró Sergio, muy aliviado —. Llegué a temer que podríamos morir de hambre.

— El contenido de las latas no estuvo en contacto con la Nube — dijo Julia—. En cambio, la gasolina, sí, a través de los orificios de aireación de los bidones y del depósito del coche, que impiden la acumulación de excesivos gases por evaporación del combustible.

— Eso es verdad — convino él—. Bueno, ¿iniciamos la carga?

— Sí, desde luego.

Julia alargó las manos y levantó una caja llena de botes de conserva. Dio dos pasos con la caja en brazos y se detuvo al ver la cara de sorpresa que ponía Sergio.

— ¿Qué te pasa? — preguntó.

Sergio señaló la caja.

— Eso — contestó —. Hay cincuenta latas de dos kilos de carne cada una. ¿Cómo puedes levantar cien kilos como si fuese una simple almohada de plumas?

Julia se quedó parada.

—No… no lo sé — contestó, muy turbada—. Me… resulta fácil, eso es todo.

—Y agarraste un buitre que pesaba lo menos veinticinco kilos como un simple gorrioncillo y lo aplastaste contra aquel árbol.

—Me siento atónita, Sergio. ¿De dónde he sacado yo estas fuerzas de Sansón?

Sergio movió la cabeza lentamente.

—No hay más que una explicación, Julia — respondió.

—¿Sí?

—Mutación, Julia.

* * *

Julia trabajaba en silencio.

Sergio la observaba, respetando su proceder.

Encontraba muy lógico que Julia se sintiese preocupada. La Nube había influido de alguna manera sobre su organismo, convirtiéndola en una mujer de fuerzas hercúleas, aunque, por fortuna, sin perder nada de su gracia y esbeltez femenina.

Los dos trabajaban con ahínco en la construcción del aparejo para la vela de la embarcación. Sergio confiaba tenerlo todo listo dentro de veinticuatro horas.

De pronto, Julia suspendió su tarea.

—Sergio — llamó.

—Dime — contestó él.

—Soy una mutante, no cabe la menor duda…

—Bueno, no es una mutación perjudicial, que yo sepa. Tu aspecto físico, por fortuna, no ha cambiado en absoluto.

—Sí, pero la mutación apenas se ha iniciado. ¿Qué pasará cuando se complete?

—¿Cómo puedes asegurar que el proceso de mutación no ha terminado ya?

Ella se pasó una mano por la frente.

—Es probable que la alteración se refiera solamente a condiciones físicas — dijo.

— ¿Notas alguna actividad extraordinaria en tu cerebro?

— No. Lo corriente, ninguna excitación… He dormido muy bien la noche pasada.

— Entonces, no tienes motivos para preocuparte.

— Sí los tengo, Sergio.

El joven hizo un gesto con las manos.

— Te aseguro que no entiendo — manifestó.

Ella le miró fijamente.

— Sergio, éste es un problema con el que hemos de enfrentarnos desde ahora mismo — dijo—. Estamos tú y yo solos.

— Sí, Julia — contestó él, apretando los labios.

— Somos jóvenes. Es inevitable que, a la larga o a la corta, sintamos una atracción mutua. A cualesquiera hombre y mujer, en nuestras condiciones, les pasaría lo mismo.

— Resulta lógico, Julia, pero yo no quisiera que…

— Sergio, cuando ese momento llegue, y ha de llegar, repito, inexorablemente, no seré una remilgada y comprenderé que debo entregarme a ti. Pero, temo por los hijos que puedan nacer de esta unión.

Sergio guardó silencio un momento. Luego, acercándose a ella, le puso una mano en el hombro.

— Julia, olvida este problema, por el momento — aconsejó—. Todavía no se ha suscitado y es prematuro preocuparse por algo que no ha ocurrido todavía.

— Pero ocurrirá, Sergio, ocurrirá — vaticinó ella.

* * *

La blanca cúspide del Teide fue ascendiendo lentamente en el horizonte marino. Al verla en la lejanía, Sergio lanzó un suspiro de satisfacción.

— Doce días nada más hasta las Canarias — dijo—. ¿Qué te parece, Julia?

— Una buena marca, evidentemente — sonrió ella —. ¿Qué haremos cuando desembarquemos?

— Reponer agua y provisiones. Si te sientes fatigada, descansaremos algunos días. Sobran habitaciones en los hoteles.

— Sí, pero ¿cómo estarán? — se estremeció ella.

— En todo caso, seguiremos a bordo.

A media tarde, entraron en el puerto. Tenerife, al fondo, permanecía muda y silenciosa.

En uno de los muelles se veía la bandera española, ondeando apenas a la brisa vespertina. Al pie se divisaban unos ropajes azules que envolvían un esqueleto.

Sergio se quitó el sombrero de fibra que había usado durante toda la travesía.

— Es lo último que pudo hacer ese valiente marinero—dijo—. Izó la bandera y cayó muerto al pie del mástil.

Julia asintió. En los otros puertos visitados, habían visto igualmente las banderas de los distintos países, deshilachándose lentamente al sol y al viento marino.

— Pero hay algo que no entiendo— dijo Sergio.

— ¿De qué se trata? — preguntó Julia.

— Los cadáveres. Todos los que hemos visto estaban reducidos ya al esqueleto. Eso es imposible, Julia; todavía no ha pasado un

mes desde que la Nube exterminó la vida en la Tierra.

— Quizá sus gases aceleraron el proceso de descomposición— sugirió la joven.

— Eso explicaría el ataque de los buitres, ¿no crees?

— Sí, es lógico que nos atacasen, puesto que estaban hambrientos al no encontrar comida.

Sergio dio de pronto un golpe al timón.

—¿Adónde vamos? — preguntó ella.

— En el Club Náutico encontraremos embarcaciones de sobra — respondió Sergio—. Necesitamos una algo mayor que ésta; recuerda que nos aguarda una travesía muy larga.

— Sí, es verdad. Habrá que embarcar provisiones y agua en abundancia... Oye, Sergio, el agua no se ha corrompido. ¿Por qué?

— Quizá porque fluye sin cesar de los manantiales. Pudo corromperse en un principio, pero ese proceso no llegó al seno de la tierra, donde nacen las corrientes de agua. Después, al limpiarse la atmósfera, una vez que hubo pasado la Nube, ya no había causas de descomposición.

— Por fortuna para nosotros — respiró ella, aliviada.

De pronto, Sergio empezó a olfatear el aire.

— ¿Qué hueles? — preguntó Julia, extrañada.

Los ojos de Sergio se dirigieron hacia la refinería petrolífera, frente a la cual pasaban en aquellos momentos.

— Viene de allí — dijo él.

Julia aspiró el aire profundamente.

— ¡Olor a gasolina! — gritó.

— Sí — confirmó Sergio.

—Pero ¿cómo es posible tal cosa? ¿Acaso hay gente trabajando en la refinería?

Sergio hizo virar nuevamente a la embarcación.

—No lo creo — dijo—, pero debes tener en cuenta una cosa: las refinerías, hoy día, funcionan totalmente automáticas… y han seguido elaborando productos derivados del petróleo. Naturalmente, las primeras series se corrompieron, pero, después, al seguir su trabajo de refinación, la gasolina sale limpia y pura, en completas condiciones de utilización.

—Hasta que se agote la materia prima.

—Lo más probable es que se haya agotado ya y que el olor que percibimos sea el de las últimas cargas. Pero bastará con que encontremos algunos miles de litros para cruzar el Atlántico con toda comodidad.

CAPÍTULO V

Sergio se había acostumbrado ya al espectáculo de los esqueletos por todas partes. Abrió una botella y llenó un vaso de aquel excelente vino canario que tanto le agradaba.

Julia entró en el bar en aquel instante.

Traía un pequeño objeto en la mano.

— He encontrado un buen receptor de radio — dijo—. También muchas pilas de repuesto.

Sergio sonrió, mientras le tendía un vaso de vino.

— De nada nos servirá ese aparato — dijo —. Pero si es tu capricho...

— Recuerda, funciona esa emisora que da música continua y automáticamente catorce horas al día. Algo nos distraerá en el viaje, ¿no te parece?

— Sí, pero la programación durará solamente un año. Después enmudecerá.

Julia se quedó pensativa unos momentos, jugueteando con el vaso lleno de vino.

— Iremos a Marte para rescatar a los astronautas — dijo—. A la vuelta...

— Eso está todavía muy lejos. No pienses aún en la vuelta, cuando todavía no has zarpado siquiera.

— Sí, tienes razón. — Julia se animó de pronto —. ¿Qué te parece mi nuevo vestido?

Sergio la contempló apreciativamente de los pies a la cabeza.

— Tienes buen gusto — dijo—.

—Claro que la figura también acompaña.

Ella se ruborizó ligeramente.

—Hay tiendas de sobra donde elegir —contestó en tono un tanto evasivo.

—Debe ser maravilloso para una mujer entrar en una tienda y no preocuparse del dinero —sonrió el joven.

—Es cierto, pero también cuesta acostumbrarse a veces.

—¿A qué, Julia?

—A veces.., entras en una tienda y el vendedor, o la vendedora, claro, no son más que esqueletos... Mira a tu alrededor, Sergio. Estamos bebiendo tan tranquilos en este bar, rodeados de cadáveres...

—Exageras un poco. Sólo son tres.

—¿Y te parecen pocos?

Sergio se encogió de hombros.

—Ya lo has dicho: a todo se acostumbra uno —respondió, mientras contemplaba los tres esqueletos que había en el interior del bar.

Uno de ellos, evidentemente, había pertenecido al barman y se hallaba tendido en el extremo del mostrador. Los otros dos, a todas luces, habían sido una pareja de enamorados. Estaban sentados en un diván, con las descarnadas manos entrelazadas y los mondos cráneos muy juntos.

Julia sintió una viva compasión al contemplar la escena.

—Sin duda se dieron cuenta de que se acercaba el fin y quisieron estar juntos en el último instante de sus vidas —murmuró.

—Así tuvo que ocurrir —convino Sergio. Y se llevó el vaso a los labios.

Después de beber, examinó el aparato de radio.

—

¿Lo has probado? — preguntó.

— Todavía no — contestó Julia.

Sergio dio el contacto y manejó el control de estaciones. De súbito, una voz humana brotó del altoparlante :

— ¡ Vlaminck! ¡ Vlaminck! ¿Lo has encontrado? ¡Contesta, pronto!

— Todavía no, pero le voy siguiendo el rastro... Ah, ahí lo tengo... Calla un momento, lo estoy enfilando con mi rifle... Duke, te juro que ese maldito no se me escapa otra vez. Un instante, por favor...

La voz se calló y, un segundo después, se oyó el estampido de un arma de fuego.

— Listo, Duke — dijo la segunda voz —. Asunto concluido.

* * *

El hombre corría entre la maleza, volviendo la cabeza de cuando en cuando para ver si era perseguido. — Menos mal que los perros también han muerto — gruñó, ignorante de que unos ojos le vigilaban a pocos pasos de distancia.

Nadie como Osiris Budder conocía el pantano. Pero había otros que lo conocían casi también como él.

Duke Hillis era uno de ellos. Tenía colgado del cuello el transmisor de radio y hablaba con Basil Vlaminck sin perder de vista a Budder.

El rifle de Hillis apuntaba directamente al fornido corpachón del fugitivo. Budder no se había apercibido todavía del peligro que corría.

Estalló un disparo. Budder dio un traspié, braceó un poco y se desplomó en un charco cenagoso, del que brotaron algunas ráfagas de sucia espuma.

Hillis se acercó cautelosamente al lugar. La superficie del líquido fangoso se aquietaba poco a poco. Algunas burbujas subían de su interior y explotaban sordamente al llegar arriba.

El charco recobró a poco su calma habitual. Hillis sonrió satisfecho.

—Asunto concluido — murmuró para sí.

Giró sobre sus talones y caminó cosa de quinientos metros. Alcanzó un sendero en el que había parado un coche, se sentó tras

el volante y dio el contacto.

Minutos más tarde, se detenía ante un edificio sobre cuya puerta había una inscripción:

SHERIFF'S OFFICE.

Hillis saltó del coche, subió a la acera y empujó la puerta. Había un hombre sentado ante una emisora de radio, con el micrófono en la mano.

— ¿Guild? Sí, aquí Vlaminck, ayudante del sheriff Peters... ¿No hay noticias todavía de nuestro hombre? Claro que no las puede haber aún; pasarán varias semanas antes de que llegue la ocasión. Pero es preciso estar vigilando... ¿Cómo? ¿Qué te sientes más que harto? ¿Y qué crees que nos pasa a los demás? Aguántate ahí, como cada quisque en su sitio... Ya te enviaremos el relevo cuando llegue la hora; eso es todo.

Vlaminck cortó la comunicación y giró con el asiento.

— Hola, Duke — saludó —. De modo que lo cazaste.

— Sí, y esta vez no fallé, te lo aseguro.

— ¿Muerto?

— Más que mi abuela, Basil.

Hillis rió satisfecho mientras dejaba el rifle en el armero. Luego se acercó a la mesa y alargó la mano hacia una botella que había allí.

— Deja eso, tú — gruñó Vlaminck.

— ¿Es que no tengo derecho a un trago? — masculló Hillis irritado —. Me he pasado casi una semana en el pantano...

— Cumpliendo con tu obligación, como cada cual cumplía con la suya. Bebe un traguito, pero no exageres ; ya sabes que al sheriff no le gustan los borrachos.

—El sheriff, el sheriff... —refunfuñó Hillis —. Se ha vuelto demasiado mandón en los últimos tiempos...

—Lo elegimos todos, así que no te quejes. Además, el concejo de vecinos de Astra Point está sobre el sheriff. En cualquier momento, se podría proceder a su destitución.

—Sólo en teoría, porque no lo permitiría, y tú lo sabes tan bien como yo. Además, no es seguro siquiera que pague la recompensa cuando echemos el guante a ese tipo del cartel.

Vlaminck soltó una risita.

—No me negarás que es una recompensa más que suculenta —dijo.

Hillis dio otro tiento a la botella y luego se acercó al tablón de anuncios donde había un cartel de recompensa, con la efigie de un individuo de pelo negro y rostro atezado.

El cartel decía:

SE BUSCA A
SERGIO LAYTÁN,
astronauta
MUERTO, NO VIVO
RECOMPENSA:
Matrimonio con el sheriff S. Peters

Hillis soltó una risita.

—¿Cumplirá ella su promesa? —dijo sarcásticamente.

—¿Qué le hace pensar que no lo cumpliré? — sonó en aquel momento una voz que, no por proceder de una garganta femenina, dejaba de poseer tonos sumamente enérgicos.

Hillis se volvió en el acto, a la vez que se quitaba apresuradamente su viejo sombrero. Vlaminck se puso en pie.

— Hola, sheriff — dijo.

— Hola — contestó Sally Peters con sequedad —. ¿Qué noticias hay? — inquirió.

Los dos hombres contemplaron a Sally unos instantes. Era una mujer joven, alta, de pechos exuberantes y amplias caderas, pelo pajizo y ojos sumamente claros. Vestía un atuendo un tanto convencional: sombrero de alas anchas, camisa caqui, muy ceñida, de manga corta, y falda algo más oscura, también muy corta, calzándose con unas aparatosas botas de medio tacón.

En torno a las opulentas caderas llevaba un cinturón-canana del que pendía un revólver del 45. La camisa estaba casi completamente abierta, revelando un escote de fascinante perspectiva y, sobre el seno izquierdo, ostentaba la estrella de su cargo.

Contaba unos veintiocho o treinta años y no se podía negar que, desde ciertos puntos de vista, era toda una belleza. Pero había dureza y falta de piedad en su cara.

— ¿Y bien? — preguntó impaciente.

— Osiris Budder ha sido liquidado — informó Vlaminck.

— ¿De verdad? — preguntó Sally con ansiedad.

— Se lo juro, jefe — confirmó Hillis —. Yo mismo le disparé a menos de treinta pasos de distancia.

Sally exhaló un profundo suspiro.

— Bien — dijo—, esto soluciona definitivamente nuestro problema. Es decir uno de los dos que teníamos pendientes. El otro...

Sally se acercó al cartel de recompensa y golpeó el retrato de Sergio Laytán con el índice, rematado en una uña de color rojo vino.

— Éste es nuestro segundo problema — añadió—. Cuando lo hayamos resuelto, se iniciará una nueva era para todos nosotros.

Entornó los ojos y miró críticamente a los dos hombres.

«Ninguno, pensó, ninguno de ellos vale dos centavos. Y los otros que quedan en Astra Point son mucho mejores que estos».

Pero se cuidó mucho de ocultar sus pensamientos.

— ¿Qué noticias hay de la E.C.A.N.U.? — preguntó.

— Ninguna, sheriff — contestó Vlaminck—. Es decir sí las hay; Guild dijo que se siente harto...

— ¡ Que se aguante hasta que le toque la hora del relevo! — cortó Sally brutalmente —. A fin de cuentas, es un vago que no ha hecho nunca nada de provecho. Por contento podría darse de seguir con vida.

— Sí, jefe — dijo el ayudante servilmente.

Sally volvió a golpear el cartel con el dedo índice:

— Y ya lo saben — concluyó —; me casaré con el tipo que se cargue a Laytán. Porque de una cosa pueden estar seguros todos los hombres de Astra Point: para ir a la E.C.A.N.U., Laytán tendrá que pasar por aquí.

Hillis soltó una risita estúpida:

— Será la mejor competición de tiro al blanco que jamás se haya celebrado en Astra Point — calificó de antemano.

CAPÍTULO VI

Sergio agarró a Julia por los hombros y la miró con ojos llameantes.

—¿Te das cuenta? — exclamó—. Hay gente que vive todavía, seres humanos supervivientes...

—Sí, Sergio—contestó ella—. Es una noticia sensacional.

—¿Cómo sensacional? La mejor noticia que podíamos soñar en escuchar, Julia.

—Desde luego, pero ¿por qué habrán disparado un rifle, Sergio?

—Eso no importa ahora; seguramente serían perseguidos por alguna fiera dañina y al final la han cazado. Lo importante, Julia, es que ahora sabemos que ya no estamos solos en el planeta.

Ella sonrió.

—Sí, ciertamente, reconforta saber que no estamos solos... que ya no seremos el Adán y la Eva de este nuevo mundo — convino. Luego le miró fijamente—. ¿Lo lamentas tú, Sergio? — preguntó de súbito.

El peruano vaciló un instante.

—Por encima de mis sentimientos personales, están los intereses de la comunidad, porque, indudablemente, hay una comunidad. O se originará, Julia.

—Sí, tienes razón... pero el nuestro también es un problema personal

que un día puede solucionarse sin grandes disturbios emocionales para ambos. O también puede solucionarse de la forma más favorable, ¿no crees?

— Por mi parte, estoy de acuerdo contigo, Julia. Resolveremos nuestro problema más adelante. Ahora, sin embargo, tenemos otro más importante por resolver.

— ¿Cuál, Sergio?

El joven señaló el aparato de radio.

— Hallar el origen de estas emisiones — contestó.

— ¿Podrás conseguirlo?

— Indudablemente. Hay muchos transmisores más potentes en los barcos abandonados en los muelles de Tenerife, hay radiogoniómetros... Cuando conozcamos el origen de las emisiones, podremos fijar el rumbo.

— Lo que no me explico es cómo hemos podido captar esa emisión — dijo Julia.

— Sencillamente, es emisión de onda ultracorta y, además, todas las emisoras del mundo están paralizadas, lo que impide las interferencias.

— Ah, claro. Entonces, ellos te oirán a ti fácilmente.

Sergio fijó sus ojos en el transmisor de radio.

— Sin apenas esfuerzo — contestó —, porque, afortunadamente, conocemos la frecuencia que emplean.

— Una brillante sonrisa apareció en sus labios —. Julia, esto tenemos que celebrarlo en seguida.

Llenó de nuevo los dos vasos y levantó el suyo: — ¡ Por la

supervivencia del género humano! — brindó.

* * *

Osiris Budder poseía una gran capacidad pulmonar y ello le permitió aguantar bastante tiempo bajo el agua, aparte de deslizarse con cautela por el fondo cenagoso. Al cabo de un par de minutos asomó la nariz entre unos carrizos y respiró profundamente.

Siguió en el mismo sitio aguardando durante un buen rato, hasta tener la seguridad de que no sería visto. Asomó la cabeza y exploró los alrededores.

Abandonó el charco y trotó a lo largo de un sendero apenas visible entre la espesa vegetación del pantano. Media hora más tarde, alcanzó una pequeña loma de suelo seco, aunque también con gran abundancia de árboles y maleza.

Rodeó la loma. Al otro lado, oculta por espesos matorrales, había una cueva.

El crujido de los arbustos provocó la alarma de una persona que estaba en la cueva.

—¿Quién es? — preguntó una voz de mujer—. ¡No dé un paso más o disparo!

— ¡Calma, nena!—contestó Budder —. Soy yo.

— ¡Osiris! — exclamó la mujer—. ¡Por fin!

— Los matorrales se apartaron. Budder entró en la cueva.

Unos brazos ansiosos le acogieron cálidamente.

— Empezaba a temer lo peor — dijo ella—. Pero ¡estás empapado de agua, Osiris!

El hombre se echó a reír.

— Tuve que zambullirme en un charco, Perla — contestó —. Un tipo me disparó un tiro, aunque por fortuna falló.

— Sería Hillis, seguro. De todos los de Astra Point, es quien mejor conoce el pantano — dijo Perla Budder.

— Quizá, pero eso importa poco ahora. Nena, dame un buen trago y prepárame ropa seca.

—Sí, cariño, al momento.

Perla empezó a buscar entre unas maletas apiladas en el fondo de la cueva. Era una chica joven, alta, esbelta, con flexibles miembros de pantera. Vestía sucintamente y sus movimientos estaban llenos de gracia.

Un par de buenos tragos reconfortaron a Budder, quien, acto seguido, se cambió de ropa.

Mientras lo hacía, preguntó:

—¿Alguna noticia por la radio?

—No, ninguna — contestó ella—. Sólo lo que tú sabes, Osiris: están esperando a Laytán.

—Esa gente de Astra Point... — dijo Budder preocupadamente—. Tendríamos que hacer algo para prevenir a Laytán, ¿no crees?

—¿Y cómo?—dijo Perla en tono desanimado—. La Estación Central está a más de setenta kilómetros y en cuanto salgamos del pantano, seremos vistos por los vigilantes. Además, no tenemos siquiera una mala bicicleta y tampoco se puede decir que sepamos manejar un transmisor de radio.

Budder se acercó a un hueco abierto en una de las paredes de la cueva y sacó una pistola ametralladora, que empezó a frotar con un trapo seco y limpio.

—Pero sabemos manejar las armas — alegó —.

Y los que están en la Estación Central sí saben emplear la radio.

—Tendríamos que ir de noche...

—Ya lo pensaremos. Por ahora, no se tienen noticias de que Laytán esté a punto de llegar a Astra Point. Es más, tardará semanas.

—Sí, Osiris — Perla meneó la cabeza —. No acabo de comprender muy bien por qué quieren matarle.

—Nena, usa la cabeza. Laytán

querrá ir a socorrer a los «carcianos».

— Un deseo muy lógico, ¿no? Tú también harías lo mismo si estuvieras en sus condiciones.

— Es cierto, pero yo no pertenezco a esa clase de gente que ahora puebla Astra Point.

— Dominados todos por una mujer de orgullo satánico.

Budder se encogió de hombros.

Lo mismo da — contestó—. Mande quien mande, hombre o mujer, todos son de la misma casta. si no recuerda lo que pasó con nosotros; sólo tú y yo quedamos como supervivientes y sabes también lo que sucedería si nos atrapasen.

Perla se estremeció.

— Nos matarían sin piedad — dijo.

— Sí, por el solo hecho de no pertenecer a la misma raza que la suya; en una palabra: por no ser blancos.

Hubo un momento de silencio. De pronto, la radio empezó a sonar:

— Oiga, oiga, habla Sergio Laytán, piloto de la «Martescope». Conteste en el acto quien oiga esta llamada. Soy Sergio Laytán y me encuentro en Tenerife, Islas Canarias. Díganme dónde están ustedes para dirigirme inmediatamente a su encuentro. Quedo a la escucha. Por favor, contesten pronto. Aguardo con impaciencia su respuesta.

Budder y su esposa se contemplaron ansiosamente. Por el altavoz de la radio se oyó un murmullo confuso de voces. Luego sonó la de una mujer:

— Atención, atención, Sergio Laytán. Soy Sally Peters, sheriff de Astra Point. Le damos la bienvenida a su llegada a la Tierra y estamos seguros de que

pronto podremos dársela en nuestro pueblo. Hemos quedado unos ciento cincuenta supervivientes y ansiamos tenerle entre nosotros. Por favor, siga informando con puntualidad de sus progresos para hacerle la recepción que se merece. Eso es todo, Sergio Laytán.

Perla agarró nerviosamente el brazo de su marido.

—¿Has oído, Osiris? «La recepción que se merece» ¿Te imaginas tú qué clase de recepción piensan hacer a ese pobre desdichado?

Budder asintió sombríamente.

—A tiros—contestó—. La misma clase de recepción que nos harían a nosotros si ahora se nos ocurriera la disparatada idea de aparecer por Astra Point.

—Osiris, ¿no podremos hacer algo por Laytán? — preguntó Perla con voz llena de ansiedad.

Budder reflexionó unos momentos. Luego dijo:

—Hay tiempo, puesto que Laytán está todavía en las Canarias. Ahora estoy cansado y necesito pensar algo. Sí — concluyó—, tendremos que hacer lo que sea por ayudar a ese desgraciado que ha vuelto de Marte sólo para que su cabeza sea puesta al precio más vil que uno pueda imaginarse.

* * *

—Vaya — dijo Laytán—. Una mujer, sheriff de Astra Point. Nunca me lo hubiera imaginado, señora.

Sonó una risita a través de la radio.

—Se necesitaba una mano fuerte en

el pueblo — contestó Sally—. Bueno, bromas aparte, lo cierto es que la mayoría de los hombres quedaron bastante conmocionados después de la catástrofe. La vida de comunidad tenía que reanudarse y no había ninguno que pareciera capaz de dirigirla.

— Entonces, usted solicitó el puesto.

— Mitad y mitad — dijo Sally—. Me eligieron y, modestia aparte, creo hacerlo bastante bien.

— La felicito, señora — dijo Laytán gravemente—.

De modo que han quedado unos ciento cincuenta. ¿Todos hombres?

— La proporción está en dos tercios favorables al sexo masculino.

— ¿Hay algún médico en Astra Point? Tal vez él pudiera sugerir alguna de las causas por las cuales han sobrevivido ustedes.

— No, murieron todos los médicos. Sólo quedó una enfermera, la señora Forrest, y con ella nos vamos apañando en lo que podemos. Por fortuna, no faltan medicamentos.

— No deja de ser una suerte, en efecto. Dígame, señora Peters, ¿qué noticias tiene usted de la E. C. A. N. U.?

— Está en buen estado, pero no quedó nadie para contarlo, señor Laytán.

— Lastimoso—Suspiró el joven—. ¿Cómo efectúan ustedes sus desplazamientos, señora?

— A pie o en bicicleta. Los automóviles no funcionan. La gasolina se ha corrompido,

ignoramos las causas — respondió Sally.

— Se debe a los efectos de los gases que componían la Nube, pero en las refinerías que funcionaban automáticamente, la gasolina elaborada después puede ser utilizada sin inconvenientes. Creo que a ciento ochenta kilómetros de Astra Point hay una refinería de petróleos y, naturalmente, tendrá su sección automática. Envíe a unos cuantos hombres en bicicleta para que se tragan algunas latas, eche a andar luego una camioneta, cargue más latas…

— Y así tendremos luego suficiente gasolina para todos — rió Sally—. Está bien, gracias por el consejo, señor Laytán. Y ahora, dígame, ¿cuánto cree que tardará usted en atravesar el Atlántico?

— Por lo menos, dos semanas hasta llegar a un puerto de la costa oriental. No sé luego cómo me las apañaré para llegar a Astra Point, aunque de una cosa puede estar segura, señora Peters: llegaré.

— Aquí estaremos aguardándole, señor Laytán — afirmó Sally, sonriendo de una manera que hubiera puesto frío en la espalda del joven peruano de haberle podido ver la cara.

CAPÍTULO VII

La motora avanzaba a marcha moderada por un océano que era casi un reluciente espejo azul. Laytán había establecido el rumbo y trincado el timón, con lo que, después de poner el motor a un régimen determinado de revoluciones, se liberaba de toda obligación de gobierno de la embarcación.

Hacia popa había montado una toldilla. Julia, con un bañador de dos piezas, tomaba el sol, protegidos los ojos por un par de gafas negras.

La embarcación era grande y capaz, con cabida suficiente en los tanques para no pasar apuros en la travesía del Atlántico. Igualmente habían cargado agua y comida en abundancia y, asimismo, también habían cargado un buen número de latas de gasolina como reserva para poner en marcha un automóvil cuando alcanzasen la costa oriental de los Estados Unidos.

Por su parte, Laytán iba vestido solamente con un pantalón corto y un sombrero. La temperatura era excelente en las proximidades del verano.

— Te vas a tostar a conciencia si sigues así, Julia — dijo él, después de la comunicación que sostenía diariamente y a hora determinada con Astra Point.

— ¿Puedo hacer otra cosa? —contestó Julia sonriendo—. Todo mi trabajo aquí consiste en preparar tres comidas al día. Más que tostarme, lo que hago es engordar, Sergio.

— Pues no se te nota en absoluto —rió Laytán —. En todo caso, ha mejorado tu figura; antes estabas más flaca.

— A vosotros los sudamericanos

siempre os han gustado las mujeres más bien llenitas, ¿no es cierto?

—Nos han gustado las mujeres, sin más.

Ella se echó a reír.

—Una buena respuesta — dijo. De pronto, se incorporó ligeramente y quedó apoyada en un codo, para mirarle con fijeza—. Sergio, ¿no te parece algo extraño y maravilloso al mismo tiempo que estemos los dos solos aquí en pleno Océano, contentos y felices, después de que han muerto miles de millones de seres humanos?

Laytán se arrodilló frente a ella, sentándose luego sobre los talones.

—Eso es algo que no podemos evitar ya, Julia — contestó.

—Sí, pero hay veces en que pienso que es monstruoso. ¿Por qué habré sobrevivido yo? ¿Por qué se salvaron en Astra Point ciento cincuenta personas?

—No lo sé, no se me ocurre nada, Julia, pero...

—Cuando llegue a la Estación Central y mientras tú terminas de alistar la astronave, yo investigaré en los laboratorios — dijo Julia pensativamente—. Tomaré muestras de sangre y otros líquidos orgánicos, y también de los tejidos, y haré pruebas, para ver si puedo averiguar qué es lo que nos preservó de los gases letales de la Nube.

—No te lo prohibiré, pero estimo que ya no importa demasiado a estas alturas.

—Sí importa, Sergio — exclamó ella con apasionamiento—. Importa conocer las causas de nuestra supervivencia, porque tal vez con ello podamos evitar efectos

perniciosos a nuestra descendencia, ¿comprendes?

—¿Habrá descendencia, Julia?

Ella guardó silencio un momento. Sergio la atrajo hacia sí, estrechándola contra su pecho.

Julia suspiró.

—Será muy natural que haya descendencia, Sergio— contestó, mientras elevaba la cara para ofrecerle sus labios.

Astra Point permanecía en silencio, aunque se veían algunas luces en las casas. Osiris Budder alcanzó la esquina de la calle Jefferson Davis y asomó la cabeza para otear el panorama.

Budder sabía que Laytán estaba a punto de llegar a la costa. Todavía no había podido conseguirlo, pero tenía la intención de hacerle conocer la verdad del recibimiento que le aguardaba apenas tocase tierra firme.

Corrió silenciosamente, pegado a las paredes de las casas. Momentos después, alcanzó la esquina del edificio donde se hallaba la oficina del sheriff.

Hacía calor y las ventanas estaban abiertas. Voces humanas salían claramente a la calle. Budder se detuvo unos momentos a escuchar.

—No, todavía no hay noticias de Laytán. Lo sabremos apenas llegue a Woodstock Port —dijo Vlaminck.

—¿Cuál era su última distancia a la costa, Basil? — preguntó el otro individuo.

—Unas trescientas millas. Veinticuatro horas de viaje, más o menos.

—Pobre hombre...

—¿Cómo se te ocurre compadecerle siquiera, John Fergus? —exclamó Vlaminck indignadamente—. ¿Es que no recuerdas ya la clase de tipo qué es?

—Sí, pero no puedo evitar que me dé pena, Basil.

— ¡ Bah, sólo es un ser inferior! A fin de cuentas, todo lo que ha vivido, es de más; si hubiera estado en la Tierra, ya estaría muerto. Y nosotros hemos sobrevivido, tú sabes bien por qué. John.

— ¿Estáis seguros de que vuestra teoría es correcta, Basil?

—¿Cómo no va a serlo John? Hemos sobrevivido los más fuertes, los de ciertas características físicas que nos han hecho aptas para resistir los gases letales...

— Que yo sepa, Osiris Budder no era de nuestra clase y sobrevivió también. Y como él, muchos otros de su raza.

— Pero todos están muertos ya, John, no le des más vueltas...

En aquel momento, se oyeron pasos cercanos. Budder se agazapó en las tinieblas.

— ¡John! ¡John Fergus!—gritó una voz destemplada de mujer—. ¿Dónde te has metido? ¿Es que olvidas que ya es la hora de cenar?

Budder sonrió en la oscuridad. Conocía a la irritadiza señora Fergus y sabía que tenía a su esposo bajo el pie constantemente.

—¡Ya voy, ya voy, Sara!—contestó Fergus de mal humor—. A ver si te crees que estoy de jolgorio con las chicas del Eldorado.

—No lo estás porque no están ellas. Vamos, a casa — dijo la mujer, plantada en jarras ante la puerta.

Fergus soltó un bufido.

— Merecerías que me hubiera ido a Woodstock Port, como muchos otros — refunfuñó.

— Claro, así habrías tenido ocasión de cazar la presa y ello te habría permitido separarte de mí, para casarte nuevamente con esa pájara...

— ¿Hablaba usted de mí, señora Fergus? — sonó en aquel

momento la voz de Sally Peters.

Ana Fergus lanzó una exclamación de susto, a la vez que volvía la cabeza. Sally estaba frente a ella, con las manos en la cadera y una hiriente expresión de burla en sus ojos azules.

— Soy una pájara, sí — añadió sonriendo—. Pero tengo tipo y figura para serlo, cosa que no se puede decir de quien sólo es una tabla con faldas.

— ¡ Oh! — se escandalizó la señora Fergus —. John, me está insultando. Defiéndeme.

La mano de Sally se movió con violencia. Ana se tambaleó al recibir la bofetada.

— No vuelva a insultarme, señora — dijo con dureza—. No lo repita o su marido se quedará sin compañía, ¿estamos?

Fergus abandonó la oficina, avergonzado y cabizbajo.

— Te lo tienes bien merecido — masculló —. Tu larga lengua tiene la culpa de todo, maldita sea…

Se llevó a su mujer a empujones, mientras Sally sonreía desdeñosamente.

Vlaminck salió a la oficina.

— Todo en orden, jefe — informó—. A Laytán le faltan trescientas millas para desembarcar.

— Lo hará mañana, después de amanecer — dijo Sally—. A partir de ese momento, permanezca a la escucha.

— Sí, jefe.

Ella le miró con los párpados entornados.

— Basil; ¿usted no ha sentido tentaciones de ir a Woodstock Port para ganarse la recompensa? — preguntó.

Vlaminck se encogió de hombros.

— Está demasiado lejos — contestó, haciendo una mueca—. Y yo

tengo una esposa, jefe. No es tan guapa como usted, claro ,pero sirve.

— Ya — sonrió Sally—. Bien, siga ahí y avíseme apenas sepa alguna novedad.

— Sí, señora.

Sally se marchó. Vlaminck se quedó solo en la oficina, pensando en que la jefatura de aquella hermosa, pero autoritaria mujer, aceptada por todos de buen grado en un principio, no iba a reportarles nada bueno.

Pero no podía reprochárselo, porque él no se había atrevido a votar en contra cuando Sally decidió hacerse cargo del poder.

Volvió a su puesto y se sentó. Sacó tabaco y encendió un cigarrillo. Al menos, se dijo, las cosas de comer y de beber no costaban dinero. Sólo hacía falta tomarlas, en Astra Point o en los vacíos pueblos del contorno.

De repente sintió algo frío y duro en la nuca.

— Señor Vlaminck, no se mueva, no grite o morirá — dijo una voz a sus espaldas.

El ayudante del sheriff se quedó helado.

— ¿Qui... quién es? — tartamudeó.

— Una fiera perseguida — contestó Budder—. ¿Le gustaría que apretase el gatillo de mi rifle?

—¡No, por Dios...!

Budder soltó una risita.

— Cómo me gustaría sacarle los sesos por la nariz— dijo, temblando de ira—. ¡Levántese!— ordenó.

Vlaminck obedeció, temblando de pánico. Budder alargó una mano y le quitó el revólver que pendía de su cintura.

— Camine — dijo a continuación.

Momentos después, Vlaminck estaba encerrado en una de las celdas. Budder tiró las llaves a través de la reja.

Regresó a la oficina. Buscó por todas partes y encontró un martillo, que le sirvió para incrustar sendas balas en todos los cañones de los rifles del armero, inutilizándolos de este modo.

Luego se sentó ante el transmisor de la radio, pero antes de que pudiera encender el aparato, alguien entró en la oficina.

—Basil...

El recién llegado se interrumpió, lanzando un chillido de pánico.

—¡Budder! ¡Es Osiris Budder! —aulló.

—Sí, yo mismo —confirmó el perseguido, a la vez que agarraba el rifle que había dejado sobre la mesa.

Duke Hillis intentó desesperadamente sacar su pistola, pero Budder resultó mucho más rápido y le metió dos balas en el pecho, que lo lanzaron al suelo, junto a la entrada.

Budder maldijo entre dientes. La inoportuna aparición de Hillis le había impedido entrar en contacto con Laytán. Los estampidos del rifle despertarían a los durmientes vecinos de Astra Point, quienes, de seguro, organizarían una nueva y desesperada caza contra él.

Saltó hacia delante y se perdió en la oscuridad, pero no por ello desistió de sus proyectos. Ayudaría a Laytán incluso con riesgo de su propia existencia, se prometió.

CAPÍTULO VIII

La embarcación atravesó a marcha lenta la dársena y se acercó a uno de los muelles. Julia lanzó un gozoso suspiro de satisfacción.

— ¡ Al fin! — exclamó.

Laytán, en el puente, gobernaba la motora. La alegría de llegar a tierra firme superaba a la depresión que causaba la vista del puerto, silencioso y solitario.

— Estoy viendo algunos automóviles abandonados — gritó, a la vez que asomaba la cabeza por una de las ventanillas de la caseta—. Puedes ir eligiendo el que más sea de tu agrado, Julia.

— Cualquiera, con tal de que funcione bien — contestó ella—. ¿Qué distancia hay de Woodstock Port a la Estación Central, Sergio?

— Más de dos mil kilómetros. Un día entero de viaje, relevándonos ambos en el volante.

— Bueno, tampoco es necesario correr tanto — dijo Julia—. Todavía nos quedan más de diez meses, ¿no es cierto?

— Sí, habrá tiempo de sobra, desde luego.

Sergio acortó las revoluciones del motor, a la vez que dirigía la motora hacia un muelle, en el que se veían algunos cobertizos, con automóviles abandonados junto a ellos y entre las pilas de mercancías que no habían sido nunca despachadas.

— ¡ Cuánta riqueza se ha perdido! — musitó.

Julia subió al puente.

— Es extraño, Sergio — dijo.

— ¿Qué pasa, Julia?

— La señora Peters nos anunció que saldría gente a recibirnos y yo no veo a nadie. ¿No te parece raro, Sergio?

Laytán frunció el ceño.

— Sí, es un poco extraño — convino.

De súbito, un hombre apareció por una de las esquinas del cobertizo más cercano.

— ¡Hola! — gritó Julia, a la vez que agitaba la mano.

El individuo pareció sorprenderse por la presencia de una mujer a bordo de la embarcación. De súbito, se oyó un disparo y cayó muerto.

Laytán y Julia se quedaron atónitos ante el suceso tan inesperado. Antes de que pudieran reaccionar, apareció otro hombre corriendo por una esquina distinta y empezó a tiros contra la motora.

— ¡ Rayos! — juró el peruano, cuando una bala perforó uno de los cristales a un palmo de su cabeza—. ¡Agáchate, Julia!

— Pero ¿qué sucede aquí? — exclamó ella, atónita.

El atacante había puesto rodilla en tierra y hacía fuego enloquecidamente. Agachado, Laytán cortó gases primero y luego dio marcha atrás.

Súbitamente, se oyó una ráfaga de ametralladora. El eco de los disparos fue un grito de agonía.

Laytán se arriesgó a asomar la cabeza. Ya había dos cuerpos tendidos en el suelo.

Otro hombre apareció en el muelle, cambiando frenéticamente el cargador de su metralleta. Laytán se volvió hacia Julia, que permanecía tendida en el suelo.

— Trata de bajar a la cabina y tráeme un rifle, pronto.

— Sí, querido.

La muchacha se deslizó por la escalera, mientras un chorro de balas pulverizaba todos los cristales del puente. Laytán trató de virar, para escapar al que estimaba desatentado ataque.

Otro hombre pareció cautelosamente por uno de los rincones del muelle. El de la ametralladora vació el cargador, estaba poniendo

otro y no se enteró de que tenía un enemigo a la espalda, hasta que sintió el impacto de la bala en el hombro izquierdo.

Rugiendo de rabia, se volvió contra su atacante, en el momento en que éste hacía fuego por segunda vez. Los dos hombres se acribillaron mutuamente, en medio de la estupefacción de los ocupantes de la motora, que no comprendían nada de lo que estaba sucediendo.

— ¿Se habrán vuelto locos? — pensó Sergio.

Julia llegó en aquel momento.

— El rifle — anunció.

— Hazte cargo del timón — indicó él, a la vez que tomaba el arma.

La embarcación se había separado unos doscientos metros del muelle. Los disparos habían cesado ya.

Laytán alargó la mano y cortó el gas. La motora se detuvo a poco, en el centro de la dársena.

— Es increíble — dijo —. Unos tipos nos atacan y otros nos defienden. No lo entiendo, Julia, no lo entiendo.

— Ni yo, Sergio — contestó ella, no menos perpleja que el joven—. ¿Qué les habrá pasado?

— Quizá los gases de la Nube han podido influir en ellos...

— Entonces, yo también estaría loca, Sergio.

Hubo un momento de silencio. La motora, parada, se balanceaba suavemente sobre las aguas.

Al cabo de un rato, Laytán dijo:

— Creo que deberíamos intentar el desembarco, Julia. ¿Te parece bien?

— No se ve a nadie más — replicó ella—. Pero debemos vigilar constantemente, Sergio.

— En eso estoy de acuerdo, querida.

Una lágrima rodó por las mejillas de la joven.

— Es terrible — murmuró —. Somos tan pocos supervivientes... y todavía tenemos que combatimos

como fieras salvajes.

— Nosotros no hemos iniciado el ataque, Julia — le recordó él.

— Sí, pero...

Laytán dio el contacto de nuevo.

— Tenemos que averiguar qué es lo que ha sucedido— dijo, con las mandíbulas apretadas.

Julia había subido, además, sendos cinturones con sus correspondientes revólveres, que ambos se colocaron. La joven doctora se sentía muy deprimida.

— Yo soñaba con otro recibimiento, Sergio — dijo—. ¿O no lo anunció así la señora Peters?

— Pero ¿estamos seguros de que estos tipos son los que ella envió a recibirnos, Julia?

Guardaron silencio de nuevo. Momentos después, la motora tocaba el muelle.

Sergio saltó a tierra y amarró la embarcación. Luego avanzó lentamente por el muelle, seguido de Julia. Ambos llevaban sus armas en las manos.

El silencio era absoluto. No se percibía el menor sonido, salvo el ligero chapoteo de las olas al golpear contra el muelle.

Laytán alcanzó a uno de los atacantes. Algo llamó de súbito su atención.

Era un trozo de papel que sobresalía de uno de los bolsillos de su camisa. Ansioso de noticias, creyó que el papel podría dárselas... ¡y así resultó!

Casi se cayó de espaldas al conocer el contenido del documento.

— ¡Cielos! — exclamó Julia, que lo había leído por encima del hombro.

— Pero ¿qué pasa en este planeta? — gritó él—. ¿Es que se han vuelto locos todos?

Hubo una pausa. Laytán y Julia se miraban consternados.

— No acabo de comprender las razones de la señora Peters—dijo él, pasados algunos instantes—. El que me mate, se casará con ella... pero, ¿qué beneficios puede

reportarles mi muerte?

—¿Es que no se dan cuenta de que si tú mueres, morirán también los treinta y tantos expedicionarios que hay en Marte?

—Por lo visto, esas vidas les importan muy poco, Julia.

Ella se mordió los labios.

—Sergio, ¿no conoces tú a esa mujer que se ofrece a sí misma como recompensa por tu captura?

—No, nunca había oído hablar de ella, Julia.

—Pero tú formaste parte de la Estación Central. Alguna vez tuviste que ir a Astra Point...

—Una o dos veces tan sólo y era una población de más de tres mil habitantes. Yo solía ir con más frecuencia a Santa Cruz; está al lado opuesto y a unos cincuenta kilómetros de la base espacial.

—Entiendo — dijo Julia —. Pero nosotros, de todas maneras, tenemos que llegar a la base, Sergio.

—Sí. —Laytán contempló una vez más el cartel de recompensa encontrado en el cadáver tendido a sus pies—. Sin embargo, temo que habremos de dar un rodeo para evitar a los exaltados vecinos de Astra Point.

—Pero cuando se enteren de que sigues con vida, irán a la base espacial para aguardarte allí —alegó Julia con no poca lógica.

—Es muy probable, aunque, de todas formas, tengo que intentarlo, ¿no te parece?

—Sí, claro. Sergio, ¿cómo han podido dejarse dominar los hombres de Astra Point por una

mujer?

— El fenómeno no es raro en la historia de la humanidad y ella debe de ser muy hermosa para ofrecerse así como premio al vencedor — respondió Sergio—. Pero debe de haber algún otro género de motivaciones, que nosotros desconocemos todavía.

— ¿Llegaremos a conocer el fondo de la cuestión? — preguntó Julia.

— Al menos, lo intentaremos. Voy a registrar los otros cadáveres — dijo él de pronto.

Julia esperó en el mismo sitio. A los pocos minutos, Sergio regresó con una cartulina en la mano.

— Toma — dijo—, ahí tienes la bella efigie de Sally Peters.

Julia contempló el retrato unos momentos. Luego, lentamente, dijo:

— Sí, en efecto, es muy hermosa, pero encuentro no sé qué de raro en su expresión. Autoritaria, dominante, absorbente...

— Yo te lo diré con más claridad, Julia. Tiene todo el aspecto de una mantis religiosa o de una *ape reg*ina, una abeja reina, vamos.

Ella se estremeció.

— Hembras que devoran al macho después de haber sido fecundadas — musitó.

— Justamente.

— Pero eso indica una psicopatía, Sergio.

— ¿Congénita o adquirida, Julia?

— No podría decirla sin antes examinarla a fondo, y dudo mucho de que Sally Peters lo aceptara. Suponiendo que no me hiciera matar también a mí apenas me echase la vista encima.

— Hay algo que me ha extrañado mucho — declaro Laytán—. El primer tipo que nos atacó se quedó verdaderamente sorprendido al verte. ¿Por qué? ¿Es que no sabía que tú venías conmigo?

— Sergio, Sally debe de ser la dueña de los medios de comunicación. Probablemente, ha callado la noticia de mi existencia, aunque no entiendo los motivos.

— Quizá sea por temor a la competencia — bromeó él.

— Entonces, habría ordenado que me matasen a mí también.

— ¿Y cómo sabes que no lo ha ordenado? Los tipos que nos atacaron disparaban de un modo indiscriminado...

— ¡Basta!—cortó Julia, muy nerviosa—. Sergio, es inútil que continuemos especulando sobre el particular. Lo que conviene es empezar a prepararlo todo para el viaje a la base espacial.

— Sí, tienes razón.

Laytán dio media vuelta, pero no pudo caminar un solo paso. El ruido del motor de un automóvil llegó claramente a sus oídos, junto con el chirrido de unos frenos al ser aplicados con violencia.

CAPÍTULO IX

El coche apareció de repente ante ellos, doblando una esquina casi sobre dos ruedas. Las del lado izquierdo pasaron por encima de uno de los cadáveres, produciendo un sonido estremecedor.

Había dos hombres en el vehículo. El conductor frenó, pero, en el mismo momento, una bala perforó el parabrisas.

— ¡ Pónganse en pie, con las manos en alto o tiraré a matar! — gritó Laytán.

Los ocupantes del automóvil se quedaron atónitos. En vista de que no obedecían, Laytán hizo un segundo disparo, cuyo proyectil pasó silbando entre las dos cabezas.

Los efectos resultaron instantáneos: dos pares de brazos se elevaron en el acto, a la vez que los recién llegados se ponían en pie sin abandonar el vehículo.

— ¡ Laytán! — exclamó uno de ellos.

— Yo mismo — confirmó sonriendo el peruano.

— Y tiene una mujer con él — dijo el otro, no menos pasmado que su compañero.

— La doctora Cranmore — presentó Laytán —. ¿Sus nombres, por favor?

— Hermann Pfalz.

— Barton Brenn.

— Es un placer conocerles, caballeros — dijo Laytán—. Bájense del coche, pero, por favor, no toquen sus armas.

Brenn contempló los cuerpos tendidos en el muelle y tragó saliva.

— Los ha matado usted — acusó.

— No me remordería la conciencia si así hubiera sido, pero puedo

jurarles que se mataron entre sí; seguramente, impacientes cada uno por ser dueño de los encantos de la señora Peters. Cosa que, al parecer, también pretenden ustedes, ¿no es cierto?

Brenn y Pfalz se miraron de reojo.

— Bueno, a fin de cuentas es toda una mujer — dijo el primero tras una leve pausa.

— Una mujer, pero también una fiera — calificó Julia con vehemencia—. Tan mortífera como una araña *viuda negra.* Ella es viuda, ¿no?

— En efecto — respondió Pfalz —. Su esposo murió hace siete años.

— Seguramente lo devoró ella.

Brenn soltó una risita.

— Teniendo en cuenta que Frank Peters contaba ochenta años en el momento de la boda, la afirmación no parece descabellada — manifestó.

— Sí, pero yo no tengo ganas de que me devore a mí, aunque sea por delegación — refunfuñó Laytán.

— ¿Por qué quiere matarle? — preguntó Julia.

— No es ella sola, sino todos, doctora — respondió Pfalz.

Laytán respingó.

— ¿Cómo? — preguntó, casi a gritos.

— Así es — reafirmó Brenn —. Aunque la señora Peters no se hubiera ofrecido como recompensa por matarle a usted, igual hubiéramos tratado de conseguirlo.

— Pero eso es absurdo — exclamó Julia—. El señor Laytán no les ha

hecho ningún daño...

— Lo único que quiero es llegar a la base espacial y alistar la astronave para rescatar a los astronautas que están en Marte — declaró el peruano.

— Eso es, precisamente, lo que tratamos de evitar — dijo Pfalz.

Laytán se quedó con la boca abierta.

— Es increíble — exclamó—. Jamás habría soñado en oír un disparate semejante.

Brenn se encogió de hombros.

— Ya lo ha oído — contestó—. Ahora, si quiere, puede matarnos a nosotros también.

— Ustedes están locos — barbotó el joven—. Lo que haré es atarles para que no puedan estorbarnos, pero de una cosa pueden estar seguros: iré a la base especial, lo quieran o no.

Minutos después, Pfalz y Brenn estaban sólidamente amarrados. Ya tranquilos, Laytán y Julia pudieron alistar un automóvil, que el joven examinó a conciencia antes de quedarse con él.

Vació y limpió el depósito de gasolina y luego lo llenó a tope con parte del contenido de las latas que habían traído consigo en la motora. Colocó media docena de latas más en el asiento posterior y asimismo cargó también algunas provisiones.

Una vez estuvieron listos, deshinchó las ruedas de cuantos vehículos había en las inmediaciones, incluido el de los recién llegados. Procuró dejarlos en condiciones de que no pudieran seguirles, al menos de un modo inmediato, y luego los desató.

— Soy un poco más generoso que ustedes — dijo sarcásticamente—. Sin embargo, espero que no hayan causado desperfectos en la astronave.

— Está intacta — aseguró Brenn.

— ¿Por qué?—se extrañó Laytán .

— Pregúnteselo a Sally Peters cuando la vea — respondió Pfalz

malhumoradamente.

— Sí, tal vez lo haga. Adiós.

Treinta segundos más tarde, Laytán hacía arrancar el coche. A su lado, Julia lanzó un profundo suspiro.

— Muchos misterios hay aquí, Sergio — se lamentó.

— Acabaremos por aclararlos, ya lo verás — prometió él.

* * *

Los pies de Osiris Budder se movieron sigilosamente por la acera. Asomó la cabeza por un lado de la ventana y contempló la figura de Sally Peters, tendida lánguidamente en un diván, cubierto su opulento cuerpo por unos tules que no ocultaban demasiado sus encantos. En la mano derecha tenía un vaso mediado de licor.

La mirada de Sally era vaga, indecisa. Budder se dio cuenta de que el alcohol había embotado sus sentidos.

Estaba medio borracha, dedujo. Una ocasión magnífica para quitarla de en medio, pero con ello no solucionaría sus problemas. Todavía quedarían unos ciento cincuenta habitantes más, cada uno de los cuales buscaría su pellejo con el mismo encono que Sally.

De repente oyó pasos en las cercanías. Dio un par de saltos y se ocultó en el callejón cercano.

— Jefe, jefe — gritó el ayudante Vlaminck.

Sally no contestó. Vlaminck llegó a la casa y abrió la puerta.

— ¡Señora Peters!

— Hola, Basil — dijo ella con voz estropajosa —. ¿Sucede algo?

— Morris, MacMurdo, Fagerty y Haines han muerto, señora.

Los ojos de Sally chispearon un momento.

— ¿Cómo lo sabes? — preguntó.

— Me lo acaba de comunicar Brenn. Él y Pfalz fueron atacados por Laytán y la mujer que le acompaña. Cuando llegaron a Woodstock Port, los cuatro primeros habían muerto. Ellos se salvaron de milagro.

— Ese Laytán es un tipo peligroso, ¿eh? — dijo Sally casi

estúpidamente—. Bien, de todas formas, no importa. Sabemos adónde se dirige...

— Sí, pero lo malo es que lo tendremos aquí pasado mañana, señora. ¿Qué hacemos? Vamos, piense algo...

Sally despachó el vaso y lo dejó sobre una mesa. Luego, con piernas no muy seguras, se puso en pie.

— He tomado un par de copas de más — dijo, con voz estropajosa —. Mañana estaré mejor, Basil. Ahora... déjame sola, por favor.

Vlaminck se encogió de hombros.

— Como usted quiera — dijo—. Pero a este paso, Laytán conseguirá sus propósitos y los expedicionarios de Marte volverán a la Tierra.

Sally rió estruendosamente.

— Todavía están allí, Basil, no sé por qué tienes que preocuparte tanto. — De pronto le apuntó con el índice—. En su lugar, yo me preocuparía mucho más de ese maldito Osiris Budder.

Vlaminck enseñó las palmas de sus manos.

— Señora, nadie como él conoce el pantano. Hillis era el único que podía competir un poco con Budder y está muerto. Además, ¿qué importa que siga con vida...?

— ¿Cómo que no importa? — protestó Sally a gritos —. ¿Has olvidado a su mujer? ¡ Está con él! ¿Me oyes? Su mujer está con él y, ¿sabes lo que eso significa? Propagarán su maldita simiente y todo volverá a estar como antes. ¡ Como antes, Basil! ¡ Como antes! — repitió Sally una y otra vez, en

una especie de paroxismo de locura —. Y nosotros no queremos que eso suceda, ¿verdad?

Vlaminck se quedó aterrado. ¿Se había vuelto loca aquella mujer?

De súbito, Sally lanzó un fuerte ronquido, giró sobre sus talones y se desplomó sobre el diván.

— ¡ Borracha, completamente borracha! — masculló el ayudante, a la vez que daba media vuelta para dirigirse a la calle.

Minutos más tarde, Osiris, sin ser visto, entraba en la casa. Se inclinó sobre Sally y dejó un papel escrito sobre su pecho. Sonrió al pensar en la furia que invadiría a Sally a la mañana siguiente cuando leyera el mensaje, que decía:

ESTOY VIVO

Sí, estoy vivo y seguiré viviendo durante mucho tiempo, para que mi simiente florezca. Pero usted tiene razón, ya no será todo como antes. Será infinitamente mejor, porque, en el mundo nuevo que está por llegar, los seres como usted y sus abyectos cómplices no tendrán cabida.

O. BUDDER

Silenciosamente, sin hacer el menor ruido, Budder abandonó la casa y salió a la calle.

Un hombre le vio de pronto. Budder le disparó varios tiros, aunque sin intención de darle.

Sólo quería asustarle y lo consiguió. El sujeto se metió en su casa, aullando y vociferando como un energúmeno. Budder tiró por un callejón y poco después se había, perdido en la espesura de los bosques vecinos a la ciénaga.

* * *

Era deprimente atravesar pueblos y ciudades completamente desiertos y llenos de esqueletos cubiertos de ropas, que ya empezaban a deshacerse. El panorama era sombrío y desolador.

— ¿Falta mucho, Sergio? — preguntó Julia, cómodamente reclinada en el asiento del vehículo.

— Unos ciento veinte kilómetros — contestó él.

— Menos de dos horas.
— Sí.
Julia suspiró.
— Me parecerá mentira llegar a la Estación Central de Astronáutica.
— Todavía no has llegado, Julia.
Ella volvió la cabeza ligeramente.
— ¿Qué quieres decir, Sergio?
— Hemos de tener los ojos bien abiertos, Julia. No me fío de las gentes de Astra Point.
— ¿Temes una emboscada?
— Sería un tonto si no lo temiera. Ahora ya conocemos los propósitos de esa diabólica Sally Peters.
— Sí, es cierto, no quiere que rescates a los astronautas. Pero no sabemos sus motivos con exactitud.
Laytán frunció el ceño.
— Yo sí conozco los míos y puedo asegurarte que la astronave zarpará en cuanto la haya revisado. No me llevará demasiado tiempo, créeme; en realidad, estaba ya lista, pero se esperaban a los informes de la expedición marciana, aparte de los míos, antes de autorizar una segunda expedición.
— La segunda iba a ser muy numerosa, creo.
— Ciento diez personas, Julia.
Ella silbó.
— Una verdadera emigración, Sergio — calificó.
— La Tierra se nos estaba quedando pequeña. Había que buscar sitio en otra parte, compréndelo.
— Sí, es verdad.
Callaron de nuevo.

Poco después, atravesaron una ciudad muerta.

La calle principal estaba llena de esqueletos. En algunas ocasiones, resultaba imposible esquivarlos. El ruido de los huesos, al ser quebrados por las ruedas del coche, resultaba aterrador.

Un vago olor a muerte, no disipado del todo, invadía el ambiente. Julia no se sintió tranquila por completo hasta que hubieron alcanzado el campo abierto.

— Sergio, ¿cuánto tiempo crees que tardarás en revisar la astronave? — preguntó ella a poco.

— Depende. Una semana, dos... No mucho más, por supuesto.

— Quizá yo tenga también tiempo de hacer una cosa — dijo Julia.

—¿Sí?

— Averiguar por qué pudieron sobrevivir ciento cincuenta personas, pero, más que eso, por qué ese grupo se salvó en una misma población y no en distintos puntos de la Tierra, como habría resultado lógico— contestó la joven decidida.

CAPÍTULO X

Había un numeroso grupo de hombres reunidos en semicírculo ante la puerta de la oficina del sheriff. Detrás de ellos, se veían hasta una docena de automóviles, dispuestos para arrancar en el momento oportuno.

Sally Peters salió de pronto, vestida con su indumentaria habitual. Detrás de ella aparecieron Vlaminck, su ayudante, y cinco o seis individuos más.

Sally tenía un papel en las manos. Paseó la vista por los circunstantes y dijo:

— Caballeros, el Concejo municipal ha deliberado sobre la propuesta

que les he formulado y todos sus componentes están de acuerdo con ella. Se refiere, naturalmente, a Sergio Laytán.

—Todavía está vivo — gruñó uno de los presentes.

— Mató a cuatro de los nuestros — dijo otro.

— ¡ Es preciso vengar esas muertes! — gritó un tercero, en medio de un coro general de exclamaciones aprobatorias.

Sally sonrió. Vlaminck le era fiel y no diría que los cuatro muertos de Woodstock Port lo habían sido por el ansia de ser cada uno de ellos el primero en conseguir la recompensa ofrecida. En cuanto a los otros dos... bien, ya tomaría una decisión apropiada llegado el momento conveniente. Todavía estaban muy lejos.

— ¡Calma, amigos!—recomendó, cuando el griterío se hubo acallado —. La excitación no es buena, es mejor conservar la sangre fría y así podremos evitar que Laytán llegue a la base espacial. Aquí, en un papel, he escrito los nombres y los lugares que cada patrulla debe ocupar, para impedir los proyectos del astronauta. Corten las carreteras, coloquen obstáculos en los lugares elegidos para la emboscada y, en cuanto avisten su automóvil, hagan fuego contra él sin vacilar.

— Viene acompañado de una mujer. ¿Qué hacemos con ella? — consultó alguien.

Sally vaciló un poco. Realmente, había querido conservar la vida de la doctora Cranmore; convenía un médico para la comunidad, pero, por otra parte, había pensado después que Julia podía representar un serio obstáculo para sus proyectos.

— Esa mujer tiene muy mala suerte al acompañar a Sergio Laytán — contestó finalmente.

—¿Y Budder? ¿Qué hacemos con el maldito Budder?

—Lo más urgente es acabar con el astronauta. Después, daremos una batida general por la ciénaga.

Se oyeron varias voces de aprobación general. Acto seguido, Sally empezó a leer una serie de grupos de nombres, indicando con cada uno de ellos el lugar donde debían montar la emboscada al astronauta y a su acompañante.

Los automóviles partieron rugiendo atronadoramente, ocupado cada uno de ellos por cuatro energúmenos que vociferaban como locos. Una sonrisa de satisfacción se formó en los pulposos labios de Sally al contemplar el espectáculo.

Pero casi en seguida, dejó de sonreír.

Se acordaba de la nota hallada sobre su pecho el día anterior, al despertarse. Un relámpago de ira brotó de sus bellos ojos, a la vez que se prometía despellejar vivo al osado Budder, apenas pudiera ponerle la mano encima.

* * *

Osiris Budder revisó su pistola ametralladora y luego se colgó del cinto un par de bombas de mano.

Perla le miró con expresión angustiada.

—¿Adónde vas? — preguntó.

—Laytán está a punto de llegar —contestó Budder—. Tengo que ayudarle.

—Lo comprendo, pero... — Perla se interrumpió, mordiéndose los labios con expresión dubitativa.

—Vamos, habla — la apremió su esposo—. ¿Por qué no sigues?

—Laytán está enterado de que su cabeza ha sido puesta a precio, ¿no es así?

—Tuvo un encuentro con varios tipos en Woodstock Port. Habló, además, con dos de ellos. Lo sabe todo.

—Entonces, procurará llegar a la base espacial por otro camino que el habitual.

—Eso es lógico, pero yo ya me imagino cuál es la ruta que tomará Laytán para llegar a la base. No olvides que soy el que mejor conoce el terreno y puedo imaginarme fácilmente en qué lugar le van a tender la emboscada.

—Sí, pero… tengo miedo, Osiris.

La mano del hombre acarició dulcemente la mejilla de su esposa.

—No temas — dijo—. Sabré cuidarme.

Perla tuvo un arranque repentino.

—Llévame contigo — pidió —. Quiero estar junto a ti todo el tiempo. Además, sé manejar las armas y otro rifle podría serte de utilidad.

—Pero también puedes resultar herida…

—Llévame, Osiris — insistió Perla.

Budder lanzó un suspiro de resignación.

—Está bien — cedió finalmente. Preparó un rifle automático y se lo entregó a la joven, junto con un cinturón con cartucheras, en el que había varios peines de repuesto—. ¿Lista?

—Sí, cuando quieras — contestó Perla, con los ojos muy brillantes.

Los dos esposos empezaron a andar. Budder iba en cabeza, experto conocedor de la ciénaga. Ella le seguía dócilmente, sin mostrar el menor cansancio, era fuerte y robusta sin por ello perder la gracia y esbeltez felinas de su silueta.

—¿Qué haremos cuando nos encontremos con Laytán, Osiris? — preguntó Perla al cabo de un rato.

—Ponerle al corriente de todo lo que sucede, naturalmente. Él quiere rescatar a los astronautas que están en Marte y nuestra

obligación es ayudarle a conseguir sus propósitos.

* * *

— Media hora más y tendremos la base a la vista — dijo Laytán.

Julia exhaló un suspiro de satisfacción.

— Me parecerá un sueño — dijo.

— Ahora es cuando todavía resulta un sueño, puesto que no hemos alcanzado la base. Y no creas que va a resultar fácil, Julia.

Ella se enderezó en el asiento, a la vez que se volvía un poco para mirarle.

— ¿Qué tratas de decirme, Sergio? — preguntó.

— Julia, ¿por qué crees que he elegido este apartado camino, dando, además, un gran rodeo? Temo a los de Astra Point, eso es todo.

— Pero la base está cerca del pueblo. Pueden ir a atacarnos allí... y vamos a permanecer en ella más de un día.

La cara del joven se cubrió de sombras.

— Ese es un problema que habremos de resolver de la mejor manera posible, pero no cabe la menor duda que, de una u otra manera, tendremos que enfrentarnos con él — respondió.

Callaron un momento. El coche corría entre mía doble hilera de árboles muy frondosos, por un camino secundario, que apenas si hubiera permitido el cruce de dos vehículos. Las cunetas estaban cubiertas de una espesa y abundante vegetación.

El coche acometió de repente una curva no muy pronunciada. A pesar de todo, Laytán cortó un poco el gas.

De pronto, cuando ya salían de la curva, Julia lanzó un agudo grito, a la vez que tendía la mano hacia delante:

— ¡Allí, Sergio! ¡Frena, es una emboscada!

Los ojos del joven captaron de inmediato el tronco atravesado en

la carretera y cubierto parcialmente de ramaje, que se hallaba situado a treinta metros del automóvil. Su pie derecho pisó a fondo el pedal del freno y el coche coleó con violencia, deteniéndose en menos de diez metros.

Sonó un disparo.

La bala atravesó el parabrisas. Laytán maniobró para dar marcha atrás y alcanzar la curva de nuevo, en donde podría hallarse a cubierto para intentar la defensa.

Súbitamente, se oyó un disparo entre la maleza de la cuneta. Alguien lanzó un agudo grito.

Con ojos llenos de asombro, Julia vio volar por los aires un objeto oscuro, que cayó al otro lado del tronco. Brotó una nube de humo banco y se escuchó un tremendo estampido.

Sonaron chillidos de terror. Entre la maleza, un rifle hacía fuego sin cesar.

Un hombre corrió espantado, alejándose del obstáculo. Tableteó una ametralladora y el individuo, después de tambalearse, cayó al suelo.

Estalló una segunda bomba de mano. Un cuerpo humano voló por los aires.

La ametralladora crepitó de nuevo. Sonaron dos o tres disparos más y luego volvió el silencio.

Laytán y Julia estaban tan asombrados que no podían articular palabra. De pronto, vieron surgir a una pareja de entre la maleza.

Los dos iban armados. Laytán se tiró fuera del coche y les apuntó con su rifle.

—¡Quietos! — gritó—. ¡No den un paso más o haré fuego!

El hombre levantó su mano derecha, con la palma vuelta hacia los recién llegados.

— No tema, venimos en son de paz, señor Laytán — dijo.

Julia se apeó del vehículo y contempló con curiosidad a la pareja. Ambos eran de color, jóvenes y fuertes; ella, sobre todo, le pareció muy bonita, dentro de sus características raciales.

— Me llamo Osiris Budder, señor Laytán — se presentó el negro —. Ésta es mi esposa Perla.

— Encantado, señor Budder — dijo Laytán, sintiéndose muy aliviado —. Es un placer, señora... Permítame que, a mi vez, les presente a la doctora Julia

Cranmore.

Budder hizo una ligera inclinación de cabeza.

— Mucho gusto, doctora — sonrió. Luego se volvió hacia el astronauta —: Celebro haber llegado a tiempo, capitán.

— ¿Cómo? — se asombró Julia—. ¿Han sido ustedes los autores…?

— En efecto, doctora, mi esposa y yo — corroboró Budder—. Tuvimos la suerte de encontrar a esos tipos y evitar que los asesinaran a ustedes.

— ¿Eran muchos? — preguntó Laytán.

— Cinco, capitán.

—¿Y…?

— Todos han muerto, doctora — informó Budder en tono frío.

— Pero no se ha perdido gran cosa — añadió Perla—. Al contrario, todos hemos salido ganando.

Laytán se pasó una mano por la cara.

— Es horrible — murmuró —. Hemos quedado un puñado de supervivientes después de la catástrofe… y todavía hemos de matarnos unos a otros como fieras salvajes.

— Capitán, el ser humano tiene derecho a defenderse de las fieras salvajes y a matarlas si es preciso, para conservar su vida — sentenció Budder.

CAPÍTULO XI

Laytán reaccionó en seguida.

— Creo que podríamos continuar hablando mientras seguimos viaje a la base — dijo —. Señor Budder…

— Llámeme Osiris, por favor, capitán — sonrió el hombre de color.

— Pero yo no soy capitán — alegó el peruano.

— ¿No va a mandar la astronave?

Laytán esbozó una sonrisa.

— Mi nombre es Sergio, Osiris — recordó.

— La charla sigue y el obstáculo también — dijo Julia.

— Hay un coche al otro lado — declaró Laytán, que lo veía por encima del ramaje que cortaba el camino.

— Olvídelo, Sergio; yo le perforé dos ruedas a balazos. Tendremos que usar el suyo para llegar a la Estación Central — manifestó Budder.

Laytán se acercó al obstáculo. El tronco medía más de medio metro de grueso y quince o veinte metros de longitud.

— No podremos apartarlo entre los cuatro — dijo, desanimado.

— ¡ Un momento!

Tres pares de ojos se volvieron hacia la doctora. Julia, con los ojos muy brillantes, se acercó al obstáculo y puso una mano sobre el tronco.

— Sergio, ¿recuerdas el ataque de los buitres hambrientos? —preguntó.

— Sí, pero... aquel pajarraco pesaba solamente veinte o veinticinco kilos y no una o dos toneladas, como este tronco.

— Salta a la vista — sonrió Julia. Se volvió hacia Budder y Perla —: ¿Han notado ustedes algún aumento notable en sus fuerzas físicas?

— No — respondió Budder—. Nos sentimos más vigorosos, pero también es verdad que hace tiempo que vivimos al aire libre...

— Hagamos una prueba — propuso la doctora—. Vengan los dos conmigo. Sitúense bajo el árbol, uno a cada extremo; yo me pondré en el centro. Cuando cuente tres, hagan fuerza hacia arriba con los hombros. ¿Entendido?

— Sí, doctora.

Budder y Perla ocuparon los lugares señalados, agachándose bajo el árbol, que distaba unos setenta u ochenta centímetros del suelo. Julia se colocó en el centro, como había dicho.

— Empujen con los hombros y sujeten con las manos— indicó. Contó tres y gritó —: ¡Ahora, arriba!

El hombre y las dos mujeres empujaron con fuerza. Laytán se quedó boquiabierto al ver que izaban el tronco en vilo sin apenas esfuerzo.

Momentos después, el camino quedaba despejado, incluso de los cadáveres. Perla se sentía estupefacta.

— Jamás me hubiera sentido capaz de una cosa semejante— declaró —. ¿A qué es debido, doctora?

— Tengo la impresión de que la nube de gas letal que exterminó a

la Humanidad tiene mucho que ver con este fenómeno —respondió Julia—. Pero no estoy en condiciones de dar demasiadas explicaciones al respecto.

Budder estaba junto al automóvil de los emboscados. Se inclinó un poco, lo agarró por debajo y lo volcó con toda facilidad a un lado del camino.

—¡Soy un Hércules! —gritó, maravillado.

Sergio sonrió satisfecho.

—Después de esto, va a resultar que el único fenómeno soy yo —comentó jovialmente.

* * *

Ocuparen el coche y Laytán dio el contacto. Después de arrancar, dijo:

—Osiris, tiene que contarme muchas cosas.

—Lo que usted quiera, Sergio. Empiece a preguntar.

—En primer lugar, ustedes eran también perseguidos por los habitantes de Astra Point. ¿Me equivoco?

—No, en absoluto, es la pura verdad.

—¿Por qué?—terció Julia.

—¿Es que no sabe adivinarlo, doctora? —dijo Perla—. Fíjese en el color de nuestra piel.

Julia sintió que se quedaba sin aliento.

—¡Pero eso es una barbaridad! —exclamó Laytán.

—Es el justo calificativo a los actos cometidos por unos bárbaros —dijo Budder—. Astra Point tenía unos tres mil habitantes antes de la catástrofe, de los cuales unos seiscientos eran de color, contando varias familias indias. Naturalmente, también murieron

muchos de los que no eran blancos, pero, sobrevivimos, aproximadamente, en la misma proporción que ellos. Yo creo que quedamos vivos una veintena, entre negros e indios. Los blancos nos dieron caza y, al final, sólo quedamos Perla y yo, y ello con la suerte de que yo había sido cazador y conocía el pantano como la palma de mi mano.

— Es decir que lo hicieron por... motivos racistas.

— Sí, para que sólo sobrevivieran los seres de raza caucásica.

Laytán movió la cabeza.

— El fanatismo sólo se da en mentes enfermas — murmuró—. Pero no acabo de comprender bien por qué quieren matarme a mí.

— Sergio, usted tiene rasgos indios, pero eso es lo de menos en su caso. Lo que quieren evitar a toda costa es que vaya a Marte.

— ¡Son unos salvajes!—calificó Julia, muy excitada—. Hay en Marte treinta seres humanos que precisan socorro a toda costa...

— Sí, Julia — convino Perla—, pero dígame, ¿conoce usted personalmente a los componentes de esa expedición?

— Yo los conozco — dijo Laytán—. ¿Qué pasa, Perla?

— ¿Es que no se siente usted capaz de encontrar la respuesta?

Laytán apretó los labios.

— Hay cuatro orientales, seis hombres de color, un par de sudamericanos, cuatro latinos...

— Y el resto anglosajones, pero aquí, en Astra Point, todos son

anglosajones.

— Si los expedicionarios de Marte vuelven, a la corta o a la larga habrá matrimonios mixtos.

— Caso de que no los haya habido ya, puesto que es preciso tener en cuenta que doce mujeres figuran en la expedición y no todas son de raza blanca.

— Julia, ¿lo comprendes ahora? — preguntó Laytán por encima del hombro.

— Sí, Sergio; ahora ya está todo bien claro. El orgullo racial ha hecho presa casi patológicamente en los habitantes de Astra Point — contestó la doctora.

— Justamente — confirmó Budder —. Para ellos, la catástrofe ha sido como la confirmación de sus creencias en la supremacía de la raza blanca y, para evitarse problemas y conflictos en lo sucesivo, han decidido solucionarlo de un modo definitivo, exterminando a quienes no son como ellos.

— Dirigidos por Sally Peters.

— En efecto, Sergio.

— Pero ¿ por qué una mujer se siente incluso más fanática que los demás hombres, llegando hasta a ofrecerse como recompensa para el que consiguiera mi muerte?

— Hay en los motivos de Sally algo que no logro comprender del todo, Sergio — manifestó Budder —. Sería preciso hablar con ella... pero dudo mucho de que lo consigamos.

— Como no sea mirándola por

encima del cañón de un rifle — dijo Perla sarcásticamente.

Laytán apretó los labios.

— Lo más urgente ahora es alistar la astronave, pero, al mismo tiempo, será preciso mantener una estricta vigilancia en la base para evitar ataques. Lo malo es su extensión; resulta demasiado grande para cuatro personas solas.

— Hay una valla, ¿no? — sugirió Budder—. ¿Por qué no la electrificamos?

— ¿Funciona la central de fuerza?

— Claro. Hacía solamente dos meses que habían recargado el reactor nuclear. El funcionamiento es automático, así que hay energía para dos años, por lo menos.

Laytán torció el gesto.

— Lo malo es que Astra Point también tendrá energía — dijo.

—Es lo mismo, Sergio. Para combatimos, no les hará falta la luz eléctrica.

Laytán se quedó pensativo unos momentos. Luego dijo:

— Julia, ¿qué opinas tú?

Ella contestó:

— Estaba pensando en otra cosa, Sergio.

— ¿Se puede saber?

— Sí — contestó la joven—. Se trata de los motivos de nuestra supervivencia. Me he formado una hipótesis..., pero no quiero confirmarla hasta haber realizado unos cuantos análisis de sangre y líquidos orgánicos en el laboratorio de la base. Serán análisis comparativos, Sergio.

— ¿Qué quieres decir, Julia?

— Sencillamente, que compararemos

tus muestras con las que obtenga de nosotros — respondió Julia.

* * *

El coche se detuvo ante la entrada de la base, que aparecía solitaria y silenciosa. Soplaba una ligera brisa, que levantaba aquí y allá remolinos de polvo que se deshacían, sin embargo, con gran rapidez.

En el centro, brillante como un colosal lápiz de metal, se alzaba la astronave «Martescope II», un gigantesco artefacto de doscientos cincuenta metros de altura. La base del cohete parecía anormalmente gruesa en comparación con el resto de la estructura, pero ello se debía al grupo de cuatro enormes cohetes que elevarían el conjunto hasta los cien mil metros de altura, desprendiéndose luego de consumido el combustible contenido en su interior.

Encima de los cuatro cohetes que formaban la primera etapa propulsora, que medían cuarenta metros de altura por diez de diámetro, había seis más pequeños, treinta metros por cinco, los cuales lanzarían a la nave hacia su órbita marciana. El resto de los tanques serviría para correcciones de rumbo y establecimiento de la órbita en tomo a Marte y el descenso a la superficie terrestre, una vez completado el viaje de ida y vuelta.

Había numerosos esqueletos en el suelo. El ambiente, para quien había conocido la animación de un año antes, resultaba lúgubre y depresivo.

Faltaban algunos cristales en los edificios. La pintura empezaba a desconcharse en muchos sitios. Ya se veía herrumbre en algunas estructuras de metal.

Después de unos momentos de parada ante la puerta, Laytán dio gas y cruzó la entrada. Apenas lo había hecho, detuvo el coche, se apeó y cerró la puerta.

Luego miró a los ocupantes del vehículo.

— Ya no saldremos de aquí sino hasta el momento de zarpar rumbo a Marte — dijo.

— Sergio, ¿te has preguntado siquiera si Osiris y Perla querrán venir con nosotros?

Perla se echó a reír.

— Julia, yo no me quedaría aquí por todo el oro del mundo — aseguró.

— El viaje a Marte es un riesgo

infinitamente menor que el de la permanencia en Astra Point —agregó Budder.

—De acuerdo —dijo Laytán—. Osiris, ahora, lo primero que hemos de hacer, antes que cualquier otra cosa, es revisar la valla metálica que hay en torno a la base, reparar cualquier abertura que pueda haber y conectarla a la corriente eléctrica. De este modo, podremos vivir más tranquilos mientras yo inspecciono la nave para dejarla a punto de zarpar en el menor tiempo posible.

CAPÍTULO XII

Los tres hombres se acercaban sigilosamente en la oscuridad. Dos de ellos eran portadores de sendas bolsas de lona, que contenían explosivos.

— Si te hubieras quedado aquí, podríamos habernos ahorrado el viaje — refunfuñó Pfalz.

— ¿Qué diablos queríais que hiciera? — contestó Guild de mal talante—. La nave aterrizó ya y era todo lo que yo tenía que hacer en la base; detectar su llegada. Una vez que sucedió esto, yo ya no tenía nada que hacer en este maldito lugar.

— Bueno, bueno, basta de lamentaciones — cortó Barton Brenn—. Ya sabéis las órdenes que tenemos: colocar las cargas en la base de la astronave y largamos antes de que el fuego nos chamusque.

— ¿Bastarán los explosivos? — dudó Pfalz.

— Claro que sí — aseguró Brenn—. La explosión abrirá un agujero en uno de los tanques propulsores y el combustible se propagará en el acto. Es fácil imaginarse el resto, ¿ no?

La valla metálica apareció de pronto ante los ojos de los tres individuos.

— ¿Tendrán vigilancia? — murmuró Guild.

—Sólo en torno a la astronave, pero hay casi dos kilómetros y medio hasta allí. — Brenn sacó una pistola con silenciador—. Y este cacharrito, sin el menor ruido, eliminará al vigilante con toda facilidad.

—La puerta estará cerrada con llave —supuso Pfalz.

—Bueno, hombre, la valla no es tan alta; sólo dos metros y medio. Hay mallas en abundancia y... ¡Vamos, trepa ya!

Pfalz se acercó a la valla y la examinó unos instantes. Luego, de pronto, alargó ambas manos para asir el borde.

Una serie de chispazos brotaron de repente en lo alto del vallado metálico. Pfalz lanzó un agudísimo chillido, a la vez que se contorsionaba epilépticamente.

—¡Demonios! ¡Está electrificada!—gritó Guild.

Brenn maldijo entre dientes. Guild trató de acercarse a Pfalz, pero el otro lo contuvo con una mano.

—¡Quieto!—gritó—. ¿Quieres asarte también?

Un espantoso hedor a carne quemada invadía el ambiente. Pfalz había dejado ya de moverse.

De pronto, cayó al suelo, convertido en un trozo de carbón. Guild lanzó un atroz juramento.

—¡Atrás, atrás!—dijo—. Lanzaremos las cargas desde aquí...

—¿Y con qué volaremos la nave, imbécil? — le apostrofó Benn.

Un potente reflector se encendió de pronto en una de las torres de la base. Al mismo tiempo, llegó una voz que hablaba a través de un potente altoparlante:

—¡Váyanse y déjenos en paz de una vez! ¡La próxima ocasión quizá no seamos tan clementes!

Una ametralladora pesada tableteó y las balas silbaron ominosamente por encima de las cabezas de los dos individuos.

—¡Las cargas! —chilló Guild,

espantado.

Soltó su bolsa y echó a correr. Brenn no tardó ni cinco segundos en imitarle, temeroso que un proyectil alcanzase los explosivos y le convirtiese en pedacitos.

* * *

La voz llegaba muy distorsionada por la distancia, afectada, sobre todo, por los parásitos. Lenta y tenazmente, Sergio Laytán. consiguió eliminar las interferencias hasta que la voz se oyó con toda claridad en el interior de la estancia.

— ¡Escuchen, Tierra! ¿Es que no me oyen? Por el amor de Dios, contesten. Ésta es la primera base terrestre instalada en la superficie del planeta Marte. ¿Qué les ocurre? Contesten, contesten...

Laytán se aclaró la voz y tomó el micrófono.

— Habla la Tierra — dijo—. Hola, Marte, hola, Marte.

— ¡Gracias a Dios! — suspiró alguien a muchos millones de kilómetros—. ¿Con quién hablo, por favor? Soy el coronel Maine, director ejecutivo de la expedición terrestre a Marte. Dígame su nombre, se lo suplico.

— ¿Cómo está, coronel? Soy Sergio Laytán y le hablo desde la Estación Central Astronáutica de las Naciones Unidas.

— ¡Laytán! Por fin llegó usted a la Tierra... Habíamos llegado a temer lo peor respecto a usted.

— Por fortuna, yo estoy bien. No se puede decir lo mismo del planeta. Coronel, agárrese fuerte. Va a escuchar la más increíble y aterradora noticia que jamás pudiera soñar. Apenas quedan más de ciento cincuenta personas vivas en toda la redondez de la Tierra.

—¡Cielos! —exclamó Maine—. Pero eso es…

—Increíble, ¿verdad? Sin embargo, es rigurosamente cierto, coronel. No puedo darle ahora muchos detalles, aunque sí le diré que estoy alistando la «Martescope II» para rescatarles a ustedes, si bien han de tener en cuenta que estoy luchando con innúmeras dificultades.

—Me lo imagino, muchacho. Pero una nave como la «Martescope II» no puede ser manejada por una sola persona…

—Esta vez, tendrá que hacerse, si ustedes quieren volver a la Tierra, coronel; y no me queda otro remedio que hacerlo. Es decir, a menos que prefieran quedarse ahí para siempre.

—¡Diablos, no! —respondió Maine —. Algunos empiezan a acusar ya los problemas de un alejamiento demasiado prolongado.

—Lo siento, coronel, pero tendrán que solucionar ustedes mismos ese problema. Ha de tener en cuenta que tardaré en llegar no menos de tres meses y medio, ¿comprende? Y Dios quiera que pueda conseguirlo.

—Estoy solo en la sala de comunicaciones, Laytán; por eso ahora puedo permitirme el lujo de decirle que me siento muy pesimista. No llegará, créame.

—Coronel, si no llego no será por mí o por la astronave, sino por lo que está sucediendo en la Tierra. Hay un grupo de personas empeñadas en impedir el rescate

de ustedes a toda costa.

—¿Qué me dice, Laytán? — se asombró Maine.

—Lo que oye, coronel. Se trata de un fanático grupo de racistas, que han eliminado a los pocos supervivientes que quedaron y no pertenecían a la raza blanca. Aseguran que es la ocasión propicia para eliminar totalmente a todas las personas que tienen la piel coloreada, no importa el tono, y están dispuestos a conseguirlo.

—Pero nosotros no... — Maine se interrumpió de pronto para exclamar a renglón seguido—: ¡Hay gentes de todas las razas en Marte, Laytán!

—Exactamente, coronel.

—Pero... ¡esos tipos están locos!

—En el asunto racismo, desde luego, coronel. De todas formas, lucharemos por frustrar sus propósitos. ¿Sabe que, para impedir mi rescate, pusieron mi cabeza a precio?

—Laytán, la mía está a punto de estallar. La Humanidad, casi totalmente aniquilada; locos los pocos supervivientes que quedan... No... no puedo coordinar bien, créame.

El peruano sonrió.

—Es para volverse loco también — convino —. Pero no tema, coronel; les rescataremos. Por fortuna, cuento con tres ayudantes de excepción, uno de los cuales es la doctora Julia Cranmore. Ahora, habrá de dispensarme, pero tengo que

continuar mi trabajo. Me siento muy satisfecho de haber podido al fin entablar comunicación con ustedes. Volveré a llamarles a las 22.30, hora de Greenwich. ¿ Me ha oído bien, coronel?

— Perfectamente, Laytán. Estaré a la escucha a la hora indicada — aseguró Maine.

— Gracias, señor. Entonces podré ser un poco más extenso y, al mismo tiempo, le informaré de mis progresos. También necesitaré aclarar algunas dudas con respecto a determinados instrumentos de la nave.

— Le ayudaremos en todo lo que sea preciso, muchacho. Pero, por lo que más quiera, no nos falle o...

— No les fallaré, coronel — aseguró Laytán rotundamente. Y cortó la comunicación.

* * *

— Deseo enseñarles algunas películas que he tomado durante mis investigaciones en el laboratorio — dijo Julia aquella noche, después de la cena.

— ¿Algo interesante? — preguntó Laytán.

— Y preocupante también, aunque, como luego verán, existen fundados motivos para sentir alivio.

— Julia, usted ha dicho películas — terció Perla Budder—. ¿Cómo se las ha arreglado para el revelado?

La doctora sonrió.

— Oh, no ha resultado difícil — explicó—. Había multitud de rollos de película virgen en uno de los almacenes. Aquí se tomaban filmes de la inmensa

mayoría de las actividades y, sobre todo, de los despegues. Naturalmente, no se podía perder tiempo y por dicha razón usaban película de revelado instantáneo.

— Es decir de la cámara al proyector — dijo Budder.

— Justamente. ¿Vamos?

Los cuatro se levantaron de la mesa y pasaron a una sala inmediata, donde ya estaban preparados el proyector y la pantalla. Mientras lo disponía todo para la proyección, Julia se dirigió a Budder:

— ¿No habrá peligro de que nos sorprendan los de Astra Point?

— Antes tendrán que forzar la valla y lo sabríamos en el acto — respondió Budder.

— Está bien, en ese caso, empezaré ahora mismo. Sergio, apaga la luz, ¿quieres?

Las tinieblas cayeron sobre el cuarto. Julia empezó la proyección con vista de una muestra de sangre tomada al microscopio.

— Esta muestra es de tu sangre, Sergio — señaló—. Todo normal, como puedes apreciar: hematíes y leucocitos en la proporción de una persona completamente sana. Ahora proyectaré una vista de otra muestra de sangre, concretamente, mía, tomada el segundo día de mi llegada a la base.

La imagen cambió. Los colores naturales permitían una difícil identificación de las figuras que aparecían en la pantalla.

— Fíjate en los glóbulos rojos. Desmesuradamente grandes, pero, también, atacados despiadadamente por los fagocitos. Hay una gran proporción de glóbulos rojos de dimensiones superiores a lo corriente, aunque también

abundan los de tamaño corriente, a los cuales no atacan los fagocitos.

— Es decir que éstos eliminan a los glóbulos rojos gigantes — dijo Laytán.

— Sí, los consideran sus enemigos y los atacan sin piedad. A fin de cuentas, ésa es la misión de los fagocitos, Sergio.

— Lo sé perfectamente. ¿Qué más, Julia?

La escena cambió de nuevo.

— Fíjense bien en la pantalla — continuó la muchacha—. El tamaño de los hematíes anormales ha disminuido considerablemente, pero, aun así, son el doble de grandes que los corrientes. Esto ha ocurrido en las siguientes cuarenta y ocho horas. Su número es asimismo menor y continúan siendo eliminados por los fagocitos. Estimo que dentro de otras cuarenta y ocho horas, tanto Osiris como Perla y yo, tendremos la sangre completamente normal.

— Y eso, ¿significa algo, Julia? — preguntó Laytán.

La doctora calló un momento. Luego dijo:

— Osiris, ¿tiene la bondad de encender la luz?

— Claro, doctora.

Los ojos de Julia recorrieron el interior de la estancia al encenderse la luz. Luego indicó un pesado archivador que había en uno de los rincones.

— Osiris, ¿se siente usted capaz de levantar en vilo ese mueble?

Budder sonrió.

— Con las fuerzas de Sansón que tengo ahora, desde luego —

respondió.

Osiris se acercó al archivador y lo abrazó casi por completo. Hizo un esfuerzo, pero el mueble apenas se movió un par de centímetros.

— ¡Caramba, sí que pesa! —exclamó, sorprendido, de la casi total inutilidad de sus esfuerzos.

Julia sonrió.

— El archivador ha pesado siempre lo mismo — dijo—. Lo que pasa es que usted está perdiendo fuerzas, como yo y como Perla.

— ¿Qué dices? — preguntó Laytán, creyendo adivinar la verdad.

— Sencillamente, que estamos volviendo a la normalidad, Sergio.

Hubo un momento de silencio. Luego, Perla dijo:

— Pero no entiendo cómo el aumento desorbitado de tamaño de algunos glóbulos rojos pudo darnos unas fuerzas de gigante, doctora.

— Yo tampoco — contestó Julia—. No obstante, resulta cierto que ambos fenómenos tienen estrecha relación entre sí. ¿Cómo puede ser? Lo ignoro; mis conocimientos médicos son muy limitados; los justos para dirigir una misión sanitaria en África Sudoccidental. Pero los hechos están ahí, firmes e irrefutables.

— ¿Crees que eso que hemos visto tiene alguna relación con vuestra supervivencia? — preguntó Laytán.

— Sin ninguna duda. De algún modo, unas pocas personas conseguimos sobrevivir a los efectos de la Nube. Se operó en nosotros una momentánea

mutación que por fortuna, ya está desapareciendo y, volvemos a ser las personas corrientes que éramos antes.

— Lástima — suspiró Budder—. De haberme dado cuenta a tiempo, hubiera hecho con Astra Point lo mismo que Sansón cuando recobró las fuerzas en el templo de los filisteos.

— Pero Sansón murió matando y yo te quiero vivo, Osiris — declaró su mujer apasionadamente.

CAPÍTULO XIII

— Dios preservó a los seres de piel blanca del exterminio— dijo Sally en tono de iluminada—. Por eso, quienes pretender volver a ensuciar con sus inmundas pieles la superficie del planeta deben ser eliminados a toda costa.

Sonaron continuos gritos de aprobación. El frenesí invadía aquellas mentes perturbadas por la desatada demagogia de Sally Peters.

— ¡Sheriff! —gritó uno de los presentes—podríamos ir a Black Ridge. Allí está la central nuclear de fuerza. Si la volásemos, ellos no podrían culminar sus proyectos.

— ¿ Quieres que se produzca una explosión atómica?— gritó otro de los asistentes a la asamblea.

Sally elevó ambos brazos para imponer silencio.

— Tenemos otro medio mejor — dijo—. ¿Cuántos de ustedes sirvieron en el Ejército?

Dos docenas de brazos se alzaron en el acto.

— ¿Algún artillero?

Cinco manos permanecieron levantadas.

— Muy bien — sonrió Sally—. Será suficiente para que esos cinco artilleros instruyan a los demás. Ahora, díganme, ¿a qué distancia estamos de Fort Grayston?

— Hay unos setenta kilómetros, al este — dijo uno.

— Muy bien — aprobó Sally—. Setenta kilómetros suponen menos de una hora de viaje. Dos para alistar una pieza de artillería con municiones y otra hora para el regreso. Mañana, al amanecer, puede iniciarse la expedición, para estar aquí de regreso al mediodía. Inmediatamente, partiremos hacia la base espacial. No necesitaremos gastar muchas granadas; con un par de ellas, bien dirigidas, tendremos más que suficiente para inutilizar la nave por completo.

Se oyó un terrible clamor de júbilo. Sally continuaba sonriendo satisfecha.

La reunión empezó a disolverse poco después. Una mujer se acercó a Sally.

— Deseo hablar con usted, sheriff — manifestó.

— Estoy a su disposición, señora Alden — contestó Sally en tono amable—. ¿De qué se trata?

— De usted y de sus locos planes — dijo Mary Alden secamente—. ¿Es que no puede dejar en paz a Laytán y sus compañeros?

Sally entornó los ojos.

— Señora Alden, ¿ de qué color es su piel? — preguntó.

— Eso es lo de menos ahora, sheriff.

Hay sitio suficiente en la Tierra para todos...

—No para las gentes de piel coloreada, señora.

—No hace falta que vivan con nosotros. Sobra sitio, insisto. Podemos relegarlas a vivir en otros parajes...

—¿Y consentir que dentro de cien años haya otra vez gentes con la piel negra o cobriza o amarilla? — gritó Sally, descompuesta.

—Está loca, loca de remate — dijo Mary Alden—. Y lo peor de todo es que ha enloquecido a los hombres de Astra Point.

Sally se echó a reír, a la vez que sacaba el busto desafiadoramente. Con gesto desdeñoso, contempló a la mujer, flaca y de pecho casi plano y mejillas hundidas y pelo lacio.

—Los hombres han enloquecido siempre por una mujer hermosa — contestó—. ¿Por qué iba a ser ahora diferente?

—¡Basta! —gritó la otra—. Usted nos va a llevar a todos a la ruina y yo no puedo tolerarlo.

De repente, metió la mano en su seno y la sacó armada de un puñal. Sally adivinó su intención y dio un salto atrás.

El puñal cortó la tela de su camisa por la parte del hombro. Enfurecida, Sally desenfundó su pistola y disparó tres veces contra la señora Alden.

Mary se desplomó sin un gemido. Su esposo, atraído por los disparos, entró en la sala y se precipitó sobre el cuerpo tendido en el suelo.

—¡Mary! ¡Mary! —gritó. Luego, al ver que estaba muerta, levantó la cabeza y miró acusadoramente a Sally—. Ha sido usted — dijo.

Sally se tocó con la mano izquierda el rasgón de la camisa.

—Legítima defensa, señor Alden — contestó fríamente —. Su esposa intentó apuñalarme y yo me

limité a repeler la agresión.

Había muchos contemplando la escena. Sin inmutarse, Sally, añadió:

—No debe usted lamentarlo demasiado, señor Alden. Hasta ahora, usted quedaba fuera de la caza, pero ya puede tomar parte en ella, para recibir la recompensa si consigue cobrar la pieza.

* * *

Mordisqueando el lápiz con aire pensativo, Julia preguntó:

—Perla, ¿qué tal se vivía en el pantano?

—Horriblemente mal, pero se vivía.

—El olor de la ciénaga no debe de ser agradable, ¿verdad?

—En absoluto. Se mete por todas partes y no hay manera de quitárselo de encima. Es un olor a descomposición...

—S í, abunda mucho el metano. Perla, ¿sabes que se me ha ocurrido una teoría?

—Tú dirás, Julia.

—El pantano está demasiado cerca de Astra Point, ¿no?

—Demasiado, en efecto, pero si esos gandules blancos pensaran de otro modo, ya lo habrían desecado hace tiempo. Aunque su gandulería nos salvó la vida a nosotros — sonrió Perla.

—Hay una fila de colinas entre nosotros y el pantano, aparte de la distancia — siguió Julia hablando pensativamente—. El resto es casi desierto.

—Sí, desde luego.

—En Astra Point, según sople el viento, se percibirá a veces el olor del pantano.

— No te lo puedes figurar bien — dijo Perla —. Aunque cierres todo herméticamente, ese hedor se mete en todas partes. Cuando sopla viento del sudoeste no hay quien pare en Astra Point.

— La Nube vino del sudoeste — dijo Julia —. He verificado las observaciones meteorológicas de la base y he llegado a la conclusión de que aquel día soplaba un viento de cuarenta kilómetros a la hora, procedente de esa dirección.

— ¿Tiene algo que ver con el exterminio de la Humanidad?

— Muy probablemente, Perla, porque he recordado no hace mucho que cerca de la misión donde yo estaba había también una ciénaga y a veces los vientos del sudeste nos traían el olor hasta el poblado.

— Curioso, Julia — observó Perla.

La doctora hizo un gesto de desánimo.

— Mis conocimientos son insuficientes — se lamentó—. Yo estoy por asegurar que la combinación del gas espacial con el metano de los pantanos salvó algunas vidas... naturalmente, de personas con determinadas características físicas, no todas, por supuesto.

— Hay más pantanos en la Tierra, Julia.

— Sí, lo sé, y seguramente habrá también más supervivientes; pero muchos de ellos serán gente inculta o semisalvaje... o quizá creen que son los únicos supervivientes.

—¿No se podría intentar entablar relación con ellos? — sugirió Perla.

Julia señaló con la mano la gran astronave que se divisaba a través de los ventanales del despacho.

—Eso corre mucha más prisa — dijo —. Pero cuando volvamos de Marte, sí, desde luego; será preciso localizar a los posibles grupos de supervivientes que quedan dispersos por el planeta e iniciar una nueva era para la Humanidad.

Las dos mujeres callaron unos momentos. Budder abrió de pronto y entró en el despacho.

—Hola — saludó —. Muy calladas las veo.

—Estábamos hablando de... bueno, de nuestro porvenir — sonrió Perla.

—¿Lo veis interesante?

—No está mal del todo, querido.

—Pero todavía hay mucho por andar antes de poder enfrentarnos con ese porvenir — terció Julia—. Es preciso ir a Marte, rescatar a los expedicionarios, regresar y... en fin, repoblar nuevamente el planeta.

—¡ Bah, eso es sencillo! Cosa de una docenita de siglos o poco menos — dijo Budder, riendo—. ¿Qué hace Sergio?

—Está en la torre de comunicaciones, conversando con el coronel Maine. Faltan algunos detalles y quiere tenerlo todo ultimado para evitar problemas en el despegue.

Budder miró a través del ventanal.

—Por fortuna, la automatización

resolverá muchos problemas — dijo, mientras contemplaba la astronave, anclada a unos dos mil quinientos metros de distancia del edificio.

De repente, divisó algo que puso frío en sus venas.

— ¡ Miren! — exclamó —. Otra vez vienen esos salvajes de Astra Point.

* * *

Julia echó un vistazo a través de la ventana y lo que vio le hizo actuar sin dilación.

Se acercó a la mesa y tocó la palanca de un interfono y dijo:

— Sergio, ven inmediatamente. Ocurre algo muy grave.

— Ahora mismo, Julia — contestó Laytán—. Dispense, coronel; le llamaré de nuevo a las diecinueve en punto.

Cortó la comunicación y corrió hacia la ventana. La distancia era grande, pero pudo divisar un numeroso grupo de gente y varios vehículos, algunos de los cuales eran camiones.

Apretó los labios.

— ¿Es que no van a dejarnos en paz? — gruñó.

El zumbido del interfono sonó de nuevo.

Laytán dio la comunicación otra vez.

— ¿Julia?

— Sí. Escucha, Sergio. Osiris tiene unos prismáticos. Vienen lo menos sesenta hombres. Traen una pieza de artillería. ¡ Date prisa, corre! — gritó la doctora angustiadamente.

Laytán se quedó sin aliento al conocer la noticia.

— ¡ Un cañón!

— Sí. Corre, corre...

El joven se abalanzó hacia la puerta y descendió las escaleras a toda velocidad. Cuando llegó abajo, vio a las dos mujeres y a Budder que corrían a su encuentro.

— ¡Sergio! ¡Tenemos que hacer algo!

— gritó Budder.

— Bastará un solo impacto para averiar la nave sin remisión — dijo Julia en tono pesimista.

— Lo sé, pero nosotros podemos evitarlo — contestó Laytán—. Osiris ¿revisaste como te dije aquel vehículo de patrulla?

Budder sonrió anchamente.

— Ahora lo comprendo — exclamó —. Claro que sí. Lo revisé y lo dejé a punto...

— ¿Puedes tomar el volante?

— Desde luego. Espérame aquí; volveré dentro de un minuto.

Budder echó a correr hacia un cobertizo situado a unos quinientos metros. Extrañada, Julia se volvió hacia Laytán:

— Sergio, ¿a qué vehículo te refieres? — preguntó.

El joven sonrió.

— Antes de la catástrofe, la vigilancia era muy estricta y había blindados ligeros que recorrían día y noche el perímetro de la base, ¿comprendes?

— Sí, pero... uno de esos vehículos no podrá soportar el impacto de una granada de artillería.

— Procuraremos evitar que lo consigan — respondió Laytán confiadamente—. A fin de cuentas, no son profesionales y...

Un tremendo estampido le interrumpió de repente.

¡BUUUM!

CAPÍTULO XIV

Un tal Art Merriman había asegurado ser buen apuntador de artillería, en donde, dijo, había llegado a cabo. En consecuencia, Sally le concedió el mando de la pieza.

Los cincuenta o sesenta hombres que formaban parte de la expedición eran solteros en su inmensa mayoría. Algunos, sin embargo, estaban casados y se habían unido al vociferante grupo tanto por curiosidad como por un morboso deseo de destrucción.

Los vehículos se detuvieron a unos cien metros de la valla electrificada. Sally se apeó del coche, conducido por su ayudante Vlaminck y, provista de un megáfono eléctrico, trepó ágilmente al techo del vehículo, desde el cual se dispuso a dar órdenes a su pequeño ejército.

— ¡ Emplacen el cañón frente a la puerta! ¡ Merriman, dirija las operaciones, rápido!

— Sí, sheriff.

— Lo primero que tiene que hacer es destrozar la valla electrificada. Luego nos encargaremos de la astronave. ¡Vlaminck!

— Diga, jefe.

— Tome una docena de hombres y sitúese en un lugar conveniente, para rechazar un posible contraataque por parte de Laytán y sus amigos.

— Está bien.

Los improvisados artilleros trabajaban con más ardor que pericia, pero, al fin, consiguieron situar la pieza en el lugar adecuado, justamente frente a la vallada puerta del recinto. La astronave, pulida y refulgente, se llevaba como un dedo de plata a unos tres mil metros de distancia.

— Listo el cañón, sheriff — anunció

Merriman —. ¿Podemos empezar?

— ¡ Adelante! — contestó Sally.

Merriman levantó una mano.

— ¡ Fuego!—gritó al bajarla.

Una mano pegó un fuerte tirón a la cuerda de disparo. La boca del cañón vomitó una estruendosa detonación.

La granada reventó al pie de la puerta, lanzando trozos de metal por los aires. Se vieron algunos chispazos azulados y luego se oyeron gritos de júbilo.

— Carguen de nuevo! ¡Hay que abrir brecha para situar el cañón a mil pasos de la astronave!

Sally no las tenía todas consigo acerca de la puntería de los artilleros y quería evitar el fallo de los disparos. Dos granadas más abrieron a fin ancha brecha en la valla.

— ¡ Listo el paso! — anunció Merriman, exultante de satisfacción.

Sally sonreía también. Algunos conductores, impacientes, pusieron en marcha sus automóviles.

De pronto, alguien lanzó un grito de alarma:

— ¡Eh! ¡Miren! ¡Laytán y sus amigos van a atacarnos!

Sally tendió la vista hacia los edificios de la base, situados a unos dos mil quinientos metros de distancia. Un extraño vehículo salía en aquel momento de un cobertizo y, tras una rápida detención, reanudaba la marcha, encaminándose a toda velocidad hacia la alambrada.

— ¡ Merriman! — gritó Sally a través del altavoz —. ¡ Destruya aquel blindado o ellos nos destruirán a nosotros !

* * *

El blindado era un vehículo ligero, de seis ruedas, con una torreta dotada de dos ametralladoras gemelas, de 1,7 mm de calibre. Budder detuvo el vehículo un instante, lo justo para que Laytán se precipitara al interior a través de una de las escotillas laterales.

El peruano se sentó inmediatamente en el sillín del tirador, tras las dos ametralladoras, y se colocó los auriculares del interfono.

—Osiris, adelante a toda velocidad —dijo—. Procura zigzaguear y no te sitúes nunca frente al cañón. ¿Entendido?

—Está bien, Sergio.

Budder pisó a fondo el acelerador y el blindado se lanzó hacia delante a más de setenta kilómetros por hora. Mientras, Laytán hacía una rápida revisión de las ametralladoras, cuyo estado le dejó satisfecho.

A través del sistema óptico de tiro podía ver el panorama. De súbito, un cono invertido de tierra y humo se alzó delante de ellos, a unos cien pasos de distancia.

Budder hizo virar el vehículo con un hábil golpe de volante, lo que le llevó a evitar con toda facilidad el siguiente proyectil.

—Sitúate oblicuamente con respecto al cañón aconsejó Laytán—. No está emplazado en una torreta giratoria y su deriva lateral es muy pequeña.

Budder lo hizo así, y Laytán, satisfecho, pudo ver que los artilleros se afanaban frenéticamente en cambiar el emplazamiento de la pieza. A quinientos pasos de distancia, envió una ráfaga, cuyos proyectiles causaron una enorme confusión entre los atacantes, amén de un par de heridos, que empezaron a chillar frenéticamente en el acto.

—Sergio, vienen tres automóviles hacia nosotros dijo Budder—. Son más Rápidos que el blindado.

Laytán hizo girar la torreta.

—Deja que yo me ocupe de ellos y tú procura evitar la colisión —contestó.

Los tres automóviles se hallaban ya a unos doscientos metros de distancia. Eran todos descapotables y sus ocupantes disparaban enloquecidamente rifles y pistolas contra el blindado.

Laytán hizo funcionar el disparador. Un tremendo alud de proyectiles alcanzó al primer automóvil, matando o hiriendo en el acto a todos sus ocupantes.

Perdido el control, el vehículo se desvió de súbito y, a causa de la velocidad, volcó aparatosamente .lanzando su carga humana por el suelo.

El segundo automóvil que le seguía chocó contra el volcado con

tremendo estrépito. Uno o dos de sus ocupantes salieron disparados por encima y rodaron por el suelo, quedando fuera de combate al instante.

Las ametralladoras gemelas escupían fuego sin cesar. Una granada rompió de pronto frente al blindado, pero Budder pudo esquivar con facilidad el hoyo abierto por la explosión.

Otra descarga barrió a los ocupantes del último automóvil. Una bala perforó el tanque de la gasolina, que se incendió de inmediato, con tremenda llamarada.

—¡Al cañón!—gritó Laytán.

Sally, agazapada tras su automóvil, bramaba de furor, a la vez que increpaba con tremendas interjecciones a los artilleros. Merriman y sus hombres, sumamente nerviosos, consiguieron al fin cargar la pieza una vez más.

En aquel momento, el blindado estaba a menos de cien metros de distancia. Budder lo lanzó a toda velocidad, a más de ochenta kilómetros a la hora en dirección paralela a la valla.

Las bocas de las ametralladoras chispearon ruidosamente, enviando torrentes de balas hacia los atacantes. Uno de los proyectiles penetró oblicuamente por la boca del cañón, resbaló a lo largo del ánima y chocó contra la granada de 105 que estaba en la recámara, a punto de ser disparada.

Un volcán de fuego, con rayos rojos, azules y amarillos, se produjo inmediatamente en aquel lugar. El tubo de la pieza estalló y los artilleros saltaron por los aires en una confusa mescolanza de humo, llamas y sangrientos miembros despedazados.

Los otros, despavoridos, escaparon a todo correr en los vehículos. Sally no fue la última precisamente en aquella desatentada huida.

— ¡ Osiris, media vuelta! ¡ Todavía queda algo por hacer! — dijo Laytán.

Budder hizo girar el blindado y lo detuvo a unos doscientos pasos de un camión situado frente a la entrada. Laytán disparó una larga ráfaga, hasta pegar fuego al vehículo.

— ¡ Arranca ya! — ordenó, cuando vio que el camión era una masa de llamas.

A quinientos metros, oyeron una serie de fuertes estampidos. Las municiones del camión estallaban al ser afectadas por el incendio.

— Hemos ganado, Sergio—dijo Budder, sonriendo satisfecho.

— Sí, pero no podemos dormirnos en los laureles. No olvides que hay un puesto militar a setenta kilómetros de distancia y que podrían traer más cañones.

— Nosotros podríamos ir a volar ese arsenal, ¿no te parece?

— No — contradijo Laytán—. Tengo demasiadas cosas que hacer, si queremos partir dentro de cuarenta y ocho horas, como le prometí al coronel Maine. Habrá que vigilar atentamente durante todo ese tiempo... pero antes será preciso reparar la alambrada.

— Han quedado heridos — dijo Budder—. ¿Qué hacemos con ellos?

— Julia se encargará de curarlos. Luego se quedarán aquí, por supuesto—decidió el peruano.

Cuando llegaban a los edificios de control, volvió la cabeza.

Las nubes de humo que se elevaban de la entrada indicaban la derrota de los atacantes. Una derrota solamente parcial; la victoria definitiva llegaría cuando la nave alzase el vuelo rumbo a Marte, pensó.

* * *

— Sólo ha sido una derrota parcial — gritó Sally furiosa —. Todavía estamos a tiempo de vencerlos de modo definitivo. Quedan más cañones en el puesto militar...

— ¿Y cuántos más hombres morirán todavía?

Sally se quedó cortada.

La pregunta procedía de una joven que figuraba entre el auditorio que escuchaba a Sally.

— Sí, contesta — gritó otra mujer—. Effie Brown te ha hecho una pregunta. ¡ Contéstala, Sally Peters!

Hubo un momento de silencio. Los ojos de Sally se pasearon por la concurrencia.

Al contrario de lo que había sucedido en anteriores ocasiones, abundaban las mujeres. Los hombres, calladamente, empezaban a replegarse.

— ¡Tú enloqueciste a nuestros hombres!—acusó otra mujer.

—Eres la causante de toda la sangre que se ha vertido —gritaron algunas.

Una piedra voló de pronto hacia Sally. La mujer se agachó y eludió el proyectil.

— ¡Alto! ¡Soy vuestro sheriff...!

— Ya no lo eres — gritaron las mujeres—. ¡Estás destituida! ¡Fuera, fuera!

Loca de furor, Sally sacó su pistola, pero una piedra se la hizo saltar de la mano. Otra le golpeó en el pecho, haciéndola tambalearse.

— ¡Matadla!—gritaban las mujeres, terriblemente enfurecidas —. ¡Ella es la culpable!

— ¡ A la hoguera con Sally Peters!

Sally cobró un miedo espantoso.

— ¡Vlaminck, defiéndeme!—pidió, aterrada.

Pero el ayudante había desaparecido, temeroso de

las represalias de las enfurecidas mujeres de Astra Point. Sally, sintiendo una rabia infinita, atravesó el edificio y huyó a la carrera por una puerta trasera.

Corrió, corrió frenéticamente, hasta que las fuerzas se le agotaron y cayó al suelo, sin ánimos para seguir adelante. Penosamente, se arrastró hasta esconderse debajo de unos arbustos, en donde, durante largo rato, devoró las lágrimas de rabia y de frustración que brotaban de sus ojos.

Más tarde, un tanto serenada, pensó en los culpables de la situación en que se encontraban. Debía vengarse de ellos, aunque fuese lo último que hiciera en este mundo, decidió.

Los culpables estaban en la base espacial y hacia allí encaminó Sally Peters sus pasos, en pos de la venganza.

CAPÍTULO XV

— ¿Preparados? — dijo Laytán.

Tres bocas contestaron «sí» al unísono. Los ojos de Laytán estaban fijos en el cuadrante luminoso en el que aparecían y desaparecían las cifras correspondientes al tiempo medido por la computadora, que provocaría la ignición de los cohetes en el momento preciso.

Las cifras eran regularmente decrecientes. De pronto, Laytán anunció:

— Un minuto para la hora cero.

Los nervios de los cuatro tripulantes de la nave estaban en tensión. Cuatro pares de ojos estaban tensamente fijos en la pantalla de cronometría.

El final de la cuenta atrás llegó con sorprendente rapidez:

— 6… 5… 4… 3… 2… 1… ¡CERO!

Algo rugió en la base de la astronave, a doscientos cincuenta metros de distancia. La colosal estructura se estremeció como si fuera a romperse en un millón de pedazos.

Espesas nubes de humo ocultaron la visión. Los cuatro tripulantes de la «Martescope II» se sintieron aplastados contra las gruesas colchonetas de los asientos antiaceleración.

El ruido, afuera, era horrible. Lentamente, la inmensa nave fue elevándose en el espacio, hasta que, a los pocos minutos, se encontró ya fuera de la atmósfera.

La presión cedió unos momentos. Luego, se sintió una ligera trepidación:

— Se han desprendido los cohetes de la primera etapa — anunció Laytán—. Pronto entrarán en ignición los de la segunda, que situarán a la nave en la órbita deseada.

Segundos más tarde, se notó una nueva aceleración. Al cabo de media hora, Laytán vio que se encendía una lámpara verde en el

cuadro de mandos.

— ¡ Estamos en órbita! ¡ Podéis levantaros! — gritó.

Soltó las correas y se puso en pie. Echó un vistazo al cuadro de instrumentos.

— Todo marcha a la perfección — dijo, satisfecho.

Julia, Budder y Perla se acercaron a las ventanillas de la cabina, que era grande y espaciosa. La Tierra se alejaba con sorprendente rapidez.

— Parece increíble — dijo Julia.

— Si hace unos meses, me hubieran profetizado que yo viajaría a Marte, habría golpeado al que me hubiese dicho una cosa semejante — exclamó Budder riendo.

— ¿Se ve Marte desde aquí, Sergio? — preguntó Perla.

— Encenderé la pantalla conectada al telescopio de la nave, aunque no se verán muchos detalles todavía. Pero antes debo anunciar al coronel Maine que el despegue se ha efectuado de modo satisfactorio.

Laytán manejó rápida y hábilmente los instrumentos. Las antenas de comunicación asomaron fuera de la nave, en un espacio en donde, por la carencia de atmósfera, no podían encontrar resistencias perniciosas. Minutos después, estaba conversando con el coronel Maine.

Los intervalos entre pregunta y respuesta eran de unos seis minutos y medio, aproximadamente.

— ¿Cómo se puede tardar tanto? — preguntó Perla, asombrada.

— Es preciso tener en cuenta la distancia, que es de unos ciento veinte millones de kilómetros — explicó Laytán—. Mi voz viaja a través de las ondas de radio, que se propagan a la velocidad de la luz, esto *es,* de unos trescientos mil kilómetros por segundo. Si

dispusiéramos de un telescopio muy potente y lo hubiera también en Marte y quisiéramos comunicarnos por señales ópticas, tampoco ganaríamos nada con el cambio. No hay, por ahora, método ni instrumento capaz de modificar la velocidad de la luz.

— Bueno — sonrió Perla —, a medida que nos acerquemos, ese intervalo se irá reduciendo.

— Sí, desde luego.

Terminada la conversación con Maine, Laytán conectó el telescopio. Marte apareció como un disco rosado en la pantalla, con un diámetro aparente de unos diez o doce centímetros.

— ¿Es bonito Marte? — preguntó Julia.

— A mí no me gusta en absoluto — respondió Laytán—> pero reconozco que el viaje en sí es una excitante aventura.

— Cuyo final no verá ninguno de los que están en esta nave, excepto yo misma — sonó de repente una voz de mujer.

* * *

Laytán y sus compañeros se quedaron helados de asombro al oír la voz. Budder se volvió en redondo y lanzó una exclamación:

— ¡ Sally Peters!

— Sí, soy yo — confirmó la mujer, que empuñaba un revólver con la mano izquierda —. No me esperaban, ¿verdad?

Hubo una corta pausa. Luego, Laytán dio un paso hacia delante.

— ¡ No se mueva o le mato! — dijo Sally, encañonándole con el arma.

Laytán se detuvo instantáneamente.

— Está bien — dijo—. ¿Qué es lo que desea de nosotros?

— ¿No lo ha oído antes? — sonrió Sally.

—¿Va a matarnos? — preguntó Julia, aterrada.

Sally continuaba sonriendo de un modo que puso frío en las venas de Laytán. El joven vio que Sally tenía en la mano derecha un objeto que no supo identificar por el momento.

—¿Cómo ha conseguido introducirse en la nave? — preguntó.

—La vigilancia de ustedes no cubrió todos los puntos débiles — contestó Sally en tono desdeñoso.

—Debí haber pensado que usted no cedería con tanta facilidad — se lamentó Laytán—. Señora Peters, por favor, díganos cuáles son sus propósitos.

Los ojos de Sally llamearon.

—Llegaré yo sola a Marte. La nave funciona automáticamente, ¿no es cierto?

—Sí, pero...

—Cuando llegue allí, convenceré a los blancos para que exterminen a los seres de raza inferior que no tienen nuestro color de piel. En Marte hay hombres y mujeres blancos y ellos serán la simiente de una nueva raza, en donde negros, amarillos y demás ralea quedarán proscritos para siempre.

Perla se tapó la cara con las manos.

—Esta mujer está loca, loca...

Julia frunció el ceño. A su modo, Perla tenía razón, pero la demencia de Sally, que sólo se manifestaba en un punto, debía de tener alguna base, algún origen desconocido por el momento.

Si lo averiguase, se dijo, tal vez le sería posible eliminar de la mente de Sally aquellas ideas obsesionantes.

—Sally.

—Dígame, doctora.

—A usted le sucede algo — dijo Julia—. Usted sufrió hace años algún incidente, fue la

protagonista de un suceso que causó en su espíritu un profundo trauma psíquico. ¿Me equivoco?

— ¿Cómo lo sabe usted? — se asombró Sally.

— Soy doctora, no lo olvide — contestó Julia suavemente—. Vamos, hable con franqueza; quizá yo pueda curarla de esas ideas perniciosas.

— ¡No son perniciosas, sino justas! — vociferó Sally.

— Bien, son justas, pero ¿por qué no me cuenta lo que le pasó?

El opulento pecho de Sally palpitó tempestuosamente. Laytán y los esposos Budder contenían la respiración.

— Yo era muy joven — dijo Sally al cabo—. Un hombre me sorprendió por la noche y me... me forzó. Era un negro. Desde entonces, juré que haría todo lo posible por hacer que esa maldita raza desapareciese de la superficie de la Tierra.

— Pero usted no «fabricó» la Nube — alegó Laytán.

— Claro que no, pero esa catástrofe me sirvió para la realización de mis proyectos.

— Y enloqueció a los supervivientes de Astra Point.

— Fue un pueblo de retrógrados siempre—terció Perla—. Respecto al problema racial, piensan lo mismo que hace trescientos años. No le fue difícil engatusarlos y menos si se considera que ella misma se ofrecía como impúdica recompensa por matarte a ti, Sergio.

De súbito, Budder se echó a reír.

— ¿De qué te ríes? — gritó Sally.

— De ti — contestó Budder —. De ti y de tus locuras. Dices que fue un negro el que te forzó...

— Aunque era de noche, pude verle la cara. El color de su piel era inconfundible.

— Pero pintado. Ernie Bateman, uno de tus pretendientes desdeñados se pintó la cara para que no le reconocieras.

— ¿Qué? — jadeó Sally—. ¿Has dicho Bateman?

— ¿Cómo lo sabes, Osiris? — preguntó Julia.

— Bateman me lo dijo hace un par de años, una vez que se emborrachó. Se sintió en vena de confidencias y me lo confesó todo. Solamente quería dar una lección a Sally.

— ¡Pues vaya una lección!— refunfuñó Julia.

— Pero no hubo tal violación, sino solamente lo simuló. Al menos, eso fue lo que me dijo Bateman. Lo que pasa es que Sally quiso hacerse la víctima, a fin de atraer la compasión general, pero nadie contaba entonces con que el susto le desquiciaría la mente, porque, desde luego, se llevó un buen susto, que es, a fin de cuentas, lo que quería Bateman.

— Sally tenía la boca abierta.

— De modo que fue... Ernie...

— Así es, aunque no te lo creas — declaró Budder serenamente.

Sally calló un momento. De súbito, lanzó un agudo grito:

— ¡Es lo mismo! ¡Los seres de color deben perecer !

Saltó hacia atrás, abrió la puerta y luego lanzó el objeto que tenía en la mano derecha al centro de la cabina.

Los cuatro se quedaron helados de horror al ver rodar por el suelo una granada de mano, con el seguro quitado.

Laytán fue el primero en reaccionar. Con manos en las que de repente se había desarrollado una fuerza increíble, arrancó una colchoneta antiaceleración y la arrojó encima de la granada, una fracción de segundo antes de la explosión.

El mullido absorbió fácilmente los efectos del estallido, aunque los cuatro ocupantes de la cabina se quedaron sordos momentáneamente. Ello les impidió oír un súbito portazo en la entrada de la cabina y el débil grito que sonó en la cámara contigua.

Laytán se inclinó y arrojó la destrozada colchoneta a un lado. Luego contempló preocupadamente el agujero que la explosión había abierto en el suelo de la cabina.

— Hay unos cuantos cables rotos —dijo—. Tendré que empalmarlos... cuando hayamos reducido a esa loca.

De súbito, Julia lanzó un agudísimo chillido.

— ¡ Sergio, mira!

Laytán volvió la cabeza. Un objeto informe flotaba en el espacio, a pocos pasos de la nave.

— Dios mío!—murmuró Perla, aterrada—. Es...

— Es Sally — dijo Budder—. Pero ¿cómo está ahí afuera?

El aspecto de Sally, muerta instantáneamente por descompresión, era espeluznante. Los ojos se le habían saltado literalmente de las órbitas y la sangre que había brotado de sus venas reventadas se había congelado al entrar en contacto con el terrible frío del vacío exterior.

— Pero ¿cómo ha sido posible? —preguntó. Julia.

Laytán contempló el agujero abierto en el suelo por la explosión de la bomba. Luego echó un vistazo al manómetro, que indicaba una presión atmosférica, anormalmente baja, aunque soportable sin daños.

— El estallido provocó la apertura de la compuerta de la cámara inmediata — explicó—. El aire se escapó instantáneamente y Sally fue arrastrada al exterior, en

donde murió en el acto por descompresión.

—A nosotros pudo habernos sucedido lo mismo — dijo Julia.

—Sí, pero la puerta se cerró de golpe, debido, precisamente, a la falta de presión en la cámara contigua, aunque un poco de aire se escapó, ciertamente. Pero no tardaremos en tener presión normal.

—Nos quedaremos aquí bloqueados — murmuró Budder, preocupado.

—No. Cuando empalme los cables rotos cerraré la compuerta y restableceré una presión normal. Y la normalidad seguirá durante el resto del viaje.

Julia miró de nuevo a través de la ventanilla. El cadáver de Sally, macabro satélite de la nave, se alejaba con gran lentitud.

—Sólo espero que los habitantes de Astra Point hayan recobrado la cordura, una vez desparecido el demonio maligno que envenenó sus mentes — dijo.

—Y si no es así, sobran sitios en la Tierra donde establecemos —manifestó Budder—. ¿No es verdad, Perla?

—Sí, querido — contestó su esposa.

—Informaremos a los expedicionarios de Marte de lo que ha sucedido durante mi estancia en la Tierra— dijo Laytán—. Ojalá que esto sirva para lección para desterrar todo sentimiento de hostilidad hacia nuestros semejantes, derivado solamente del color de la piel.

Los ojos del joven se fijaron en el círculo rosado que aparecía en el centro de la pantalla telescópica.

—Ahí está Marte — dijo solemnemente—. Ése es nuestro punto de destino y el punto de

arranque de una nueva era en la historia de la Humanidad.

Pasó un brazo en tomo a los hombros de Julia y concluyó con una frase llena de optimismo en el futuro:

— ¡Marte, espéranos!

F I N

BOLSILIBROS TORAY

OESTE


ARIZONA — Publicación quincenal — 10 PTAS.


RUTAS DEL OESTE — Publicación quincenal — 10 PTAS.



SEIS TIROS — Publicación quincenal — 10 PTAS.


HURACÁN — Publicación quincenal — 10 PTAS.



SIOUX — Publicación quincenal — 10 PTAS.


ESPUELA — Publicación quincenal — 10 PTAS.

GUERRA



HAZAÑAS BELICAS — Publicación quincenal — 10 PTAS.

ANTICIPACION


CIENCIA FICCIÓN — Publicación quincenal — 10 PTAS.


ESPACIO — Publicación quincenal — 10 PTAS.